

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXII

San José, Costa Rica **1936** Sábado 21 de Noviembre

Núm. 19

Año XVIII — No. 779

SUMARIO

Misión y sentido de la vida.....	Stefan Zweig	Salidas de Erasmo (y 3).....	Armando Solano
La alharaca del idioma en el Congreso de Escritores.....	Luis Alberto Sánchez	Valencia y la Ley de Tierras.....	Raúl González Tuñón
Primeros republicanos.....		La copla al servicio de la Revolución.....	Rafael Alberti
Ante la farsa de Buenos Aires.....	Juan del Camino	Radio Sevilla.....	Fernando Luján
García Lorca, gracia y Muerte.....	Juan Marinello	El último Duque de Alba.....	Azorin
En el cuarto centenario de la muerte de Garcilaso.....	Luis Beltrán Guerrero	Poesías.....	
Solía llegar.....	g. m.	La vida de un médico.....	

Misión y sentido de la vida

Por STEFAN ZWEIG

= Capítulo primero del libro *Triunfo y tragedia de Erasmo de Rotterdam*. Editorial JUVENTUD. Barcelona. 1935 =

Erasmo de Rotterdam, un tiempo la mayor y más resplandeciente gloria de su siglo, apenas, no lo neguemos, es algo más que un nombre en el día de hoy. Sus innumerables obras, redactadas en un olvidado idioma supernacional, el latín humanístico, duermen ininterrumpidamente en las bibliotecas; apenas una sola de las que tuvieron fama universal en otro tiempo nos dice ya nada en el nuestro. También su personalidad, por ser de difícil comprensión y presentar sombras crepusculares y contradicciones, ha sido fuertemente oscurecida por la de otros reformadores universales, más robustos y fogosos, y de su vida privada hay poco interesante que comunicar: una efímera humana de existencia silenciosa e incesante trabajo proporciona rara vez una brillante biografía. Pero hasta su auténtica acción ha quedado soterrada y oculta en la conciencia del tiempo presente, como siempre lo están los cimientos bajo el edificio ya construido. Clara y brevemente, por ello, anticipemos aquí lo que hace que Erasmo de Rotterdam, el gran olvidado, sea todavía hoy, y precisamente hoy, de tanto valor para nosotros: entre todos los escritores y creadores del Occidente fué el primer europeo consciente, el primer combatidor amigo de la paz, el más elocuente defensor del ideal humanístico, benévolo para lo mundano y lo espiritual. Y como, además, fué vencido en su lucha por lograr una forma más justa y comprensiva para nuestro mundo espiritual, este su trágico destino lo liga aún más íntimamente con nuestra fraternal sensibilidad.

Erasmo amó muchas cosas que son queridas hoy para nosotros, la poesía y la filosofía, los libros y las obras de arte, las lenguas y los pueblos, y, sin hacer diferencia entre todos ellos, el conjunto de la humanidad, para el logro de una más alta civilización. Y sólo una cosa odió de verdad sobre la tierra como antagónica de la razón: el fanatismo. Siendo, él mismo, el menos fanático de todos los hombres, un espíritu acaso no de suprema categoría pero del saber más dilatado, un corazón no mugiente de bondades pero de proba benevolencia, veía Erasmo en toda forma de intolerancia de opiniones el pecado original de nuestro mundo. En su opinión, casi todos los conflictos entre hombres y entre pueblos podían ser resueltos sin violencia, mediante mutua tolerancia, porque todos caen



Erasmo
De Holbein

dentro de los dominios de lo humano; casi toda conflagración podía resolverse por medio de árbitros, si los incitadores y exaltados de una y otra parte no dieran tensión al arco de la guerra. Por ello, combatía Erasmo cualquier fanatismo, ya en el terreno religioso, en el nacional o en el del modo de concebir el Universo y la vida, como perturbador nato y jurado de toda comprensión; odiaba a todos los obstinados y monoideístas, ya aparecieran en hábitos sacerdotales o con togas académicas, a los que llevaban anteojeras en el pensamiento y a los fanáticos de toda clase y raza, que, en todas partes, exigen una obediencia de cadáver para sus propias opiniones y a toda otra concepción la llaman despectivamente herejía o brujonería. Así como a nadie quería constreñir a que aceptara las concepciones que él enseñaba, también oponía decidida resistencia a que le forzaran a seguir cualquier confesión religiosa o política. La independencia del pensamiento era para él cosa evidente y este libre espíritu siempre consideró como un secuestro de la divina pluralidad del mundo el que alguien, ya en el púlpito o ya en la cátedra, se

levantara y hablara de su propia verdad personal como de una misión que Dios le hubiere confiado, hablándole al oído, a él y sólo a él. Con toda la fuerza de su inteligencia, centelleante y convincente, combatió, por tal motivo, en todos los terrenos, a lo largo de toda una vida, contra los fanáticos ergotizantes de sus propias creencias, y sólo en muy raras y felices horas se rió de ellos. En tales momentos más suaves, apareciósele el fanatismo de frente estrecha sólo como una lamentable limitación del espíritu, como una de las innumerables formas de la *stultitia*, cuyas mil degeneraciones y variedades tan regocijadamente clasificó y caricaturizó en su *Elogio de la Locura*. Como hombre justo, auténtico y sin prejuicios, comprendió y compadeció hasta a su más encarnizado enemigo. Pero, en lo más profundo, siempre supo Erasmo que este perverso espíritu de la naturaleza humana, que el fanatismo, había de destrozarse su propio mundo benigno y su existencia.

Pues la misión y el sentido de la vida de Erasmo era realizar la síntesis armónica de lo contradictorio en el espíritu de la humanidad. Había nacido con un carácter armonizador, o, para hablar como Goethe, que era semejante a él en la repulsa de todo lo extremo, con "una naturaleza comunicativa". Toda poderosa subversión, todo tumulto, toda turbia disputa entre las masas, oponiase, ante su sensibilidad, al claro ser de la razón del mundo a cuyo servicio sentíase obligado como fiel y sereno mensajero, y, en especial la guerra, como la más gresca y desafortada forma de resolver internas oposiciones, le parecía incompatible con una humanidad que pensara moralmente. El arte singular de limar conflictos mediante una bondadosa comprensión, de aclarar lo turbio, de concretar lo embrollado, de casar de nuevo lo desunido y dar a lo disgregado un más alto enlace común, era la auténtica fuerza de su paciente genio, y, con gratitud, sus contemporáneos llamaron simplemente "erasmismo" a esta voluntad de comprensión que actuaba en plurales formas. Para este "erasmismo" es para lo que aquel hombre quería ganar el mundo. Como reunía en su misma persona todas las formas del poder creador, y a un tiempo era poeta, filólogo, teólogo y pedagogo, consideraba también como posible, en el ámbito total del mundo, el enlace de lo

irreconciliable aparentemente; ninguna esfera fué inalcanzable, o ajena, a su arte de conciliador. Para Erasmo no existía ninguna oposición moral irreducible entre Jesús y Sócrates, entre doctrina cristiana y sabiduría antigua, entre piedad y moralidad. Ordenado sacerdote, admitió a los paganos, en el sentido de la tolerancia, en su espiritual celeste paraíso y los colocó fraternalmente junto a los padres de la Iglesia; la filosofía, como la teología, era para él una forma de buscar a Dios, e igualmente pura; no levantaba la mirada hacia el cielo cristiano con menor fe que con gratitud hacia el Olimpo griego. El Renacimiento, con su sensual y alegre superabundancia, no le parecía, al igual de Calvino y otros fanáticos, como enemigo de la Reforma, sino como su hermano más libre. No vecindado en ningún país, pero familiar con todos, primer cosmopolita y europeo consciente, no reconocía ninguna superioridad de una nación sobre las otras, y como había enseñado a su corazón a valorar sólo a los pueblos en virtud de sus espíritus más nobles y cultivados, en razón de su élite, todos le parecían dignos de afecto. Convocar a todos estos espíritus selectos de todos los países, razas y clases para formar una gran liga de gente cultivada, esta elevada tentativa tomola a su cargo Erasmo como meta propia de su vida, y al levantar al latín, la lengua que estaba sobre las lenguas, a una nueva forma artística y capacidad de exposición, creó para los pueblos de Europa—¡cosa inolvidable!,—por espacio de una hora universal, una forma supernacional y unitaria de pensamiento y expresión. Su dilatado saber volvía agradecido la vista hacia lo pasado; su creyente sentido dirigíase, lleno de esperanza, hacia lo porvenir. Pero apartaba tenazmente la vista de la barbarie del mundo, que aspira, una y otra vez, a confundir, zopenca y malignamente, el plan divino, con permanente hostilidad; sólo la esfera superior, la que crea y da forma, atraíale fraternalmente y consideraba como misión de todo hombre espiritual dilatar y amplificar este espacio, a fin de que, alguna vez, como la luz del cielo, abarque, unitaria y puramente, a toda la humanidad. Pues ésta era la fe más íntima de este temprano humanismo (y su hermoso, su trágico error): Erasmo y los suyos consideraban posible el progreso de la humanidad por medio de la ilustración y confiaban en la capacidad educativa, tan-

to de los individuos como de la totalidad, mediante una difusión más general de la cultura, de los escritos, estudios y libros. Estos tempranos idealistas tenían una conmovedora y casi religiosa confianza en la capacidad de ennoblecimiento de la naturaleza humana por medio del perseverante cultivo de la enseñanza y la lectura. Como hombre de letras que creía en los libros, no dudó jamás Erasmo de la perfecta posibilidad de que la moral fuera enseñada y aprendida. Y la solución del problema de la armonización completa de la vida parecía ya garantizada por esta humanización de la humanidad, soñada por él como muy próxima.

Tan alto sueño estaba constituido de tal forma que, como imán poderoso, podía atraer, en todos los países, a los espíritus mejores de aquel tiempo. Al hombre dotado de sensibilidad moral, siempre le parece como cosa insubstancial y sin sentido la propia existencia, sin el consolador pensamiento, creencia que dilata el alma, de que también él, como individuo aislado, con su deseo y su acción, puede añadir algo a la moralización general del mundo. El momento presente no es más que un peldaño para una mayor perfección, sólo preparación de un proceso vital mucho más perfecto. Quien sabe dar autoridad, por medio de un nuevo ideal, a esta fuerza de esperanza en el progreso moral de la humanidad, llega a ser guía de su generación. De éstos fué Erasmo. La hora era singularmente favorable para su idea de unión europea en el espíritu de la humanidad, pues los grandes descubrimientos e invenciones del cambio de siglo, la renovación de las ciencias y las artes por el Renacimiento, habían vuelto a ser, desde tiempos atrás, para toda Europa, un dichoso y sobrenacional acontecimiento colectivo; por primera vez, después de innumerables años de depresión, daba ánimo al mundo de Occidente la confianza en su destino, y, de todos los países, las mejores fuerzas idealistas concurrían hacia el humanismo. Todos querían ser ciudadanos, ciudadanos del mundo, en este imperio de la cultura; emperadores y papas, príncipes y sacerdotes, artistas y hombres del Estado, mancebos y mujeres, rivalizaban en instruirse en las artes y ciencias; el latín llegó a ser su idioma fraternal común, un primer esperanto del espíritu: por primera vez, desde la ruina de la civilización romana—¡glorifiquemos este hecho!,—gracias a la república de

sabios de Erasmo, volvía a estar en formación una cultura europea colectiva; por primera vez, no la vanidad de una sola nación sino la salud de toda la humanidad, era la meta de un grupo fraternal de idealistas. Y esta aspiración de los hombres espirituales a ligarse en espíritu, de los idiomas a entenderse en un super idioma, de las naciones a hacer las paces valientemente en lo sobrenacional, este triunfo de la razón, fué también el triunfo de Erasmo, su sagrada, pero breve y transitoria, hora universal.

¿Por qué no podía durar—pregunta dolorosa—un imperio tan puro? ¿Por qué vuelven a ser siempre vencidos los mismos altos y humanos ideales de comprensión espiritual, por qué lo "erasmita" tiene siempre tan escasa fuerza efectiva en una humanidad que conoce, sin embargo, desde hace mucho tiempo, lo absurdo de toda hostilidad? Tenemos, por desgracia, que reconocer y confesar claramente que un ideal que sólo se propone el bienestar general, jamás puede satisfacer por completo a dilatadas masas del pueblo; en los caracteres de tipo medio, también el odio exige el cumplimiento de sus sombríos derechos junto a la pura fuerza del amor, y el provecho personal de cada individuo quiere obtener también, de aquella idea, rápidas ventajas individuales. Para la masa, siempre será más accesible que lo abstracto, lo concreto y aprehensible; por ello, en lo político, siempre encontrará más fácilmente partidarios todo programa que, en lugar de un ideal, proclame una hostilidad, una oposición bien comprensible y manejable, que se dirija contra otra clase social, otra raza, otra religión, pues, con el odio, puede encender fácilmente el fanatismo sus criminales llamas. Por el contrario, un ideal puramente unificador, un ideal supernacional y panhumano, como el erasmismo, carece, naturalmente, de todo impresionante efecto óptico, para una juventud que quiera ver, al luchar, los ojos de su adversario, y jamás trae consigo aquel elemental atractivo que tiene lo orgullosamente disgregador, que muestra siempre al enemigo más allá de las fronteras del propio país y fuerza de las de la propia comunidad religiosa. Por ello, siempre encontrarán más fácilmente secuaces los espíritus partidaristas, que azuzan en una determinada dirección el eterno discontento humano; mas el humanismo, la doctrina de Erasmo, que no tiene espacio para ninguna suerte de odio, que fija heroicamente su paciente aspiración en una meta lejana y apenas visible, es, y seguirá siendo, un ideal de espíritus aristocráticos, en cuanto el pueblo que ella sueña, en cuanto la nación europea, no esté realizada. A un tiempo idealistas, y, a pesar de ello, concedores de la naturaleza humana, los partidarios de una futura inteligencia de la humanidad no pueden dejar de ver con claridad que su obra está siempre amenazada por el elemento eternamente irracional de la pasión; tienen que tener conciencia, al sacrificarse, de que siempre y en todos los tiempos volverá a haber oleadas de fanatismo, brotadas de las primitivas profundidades del orbe de impulsos humanos, que inundarán y destrozarán todo dique: casi no hay generación que no sufra tal retroceso, y, después de ello, su deber moral es sobreponerse a este desconcierto interno.

Pero la tragedia personal de Erasmo consiste en que precisamente él, el más antifa-

JOHN M. KEITH & CO., S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)
Implementos de goma (United States Rubber Co.)
Máquinas de contabilidad MONROE
Refrigeradoras Eléctricas GRUNOW
Planta eléctrica portátil ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).
Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).
Equipos KARDEX (Remington Rand International).
Maquinaria en General (James M. Montley, New York), Etc., Etc.

JOHN M. KEITH,
SOCIO GERENTE.

RAMON RAMIREZ, A
SOCIO GERENTE.

nático de todos los hombres, y precisamente en el momento en que la idea de lo supranacional resplandecía por primera vez victoriosa en Europa, fué arrebataado en medio de una de las más salvajes explosiones de pasión colectiva, nacional y religiosa que conoce la historia. Por lo general, aquellos acontecimientos a los que atribuimos una significación histórica, no liegan, en modo alguno, hasta la viviente conciencia del pueblo. Aun las mayores olas de la guerra no alcanzaban, en siglos anteriores, sino a poblaciones aisladas, a aisladas provincias, y, en general, el hombre espiritual podía lograr mantenerse aparte de la agitación, en caso de contiendas sociales o religiosas, y contemplar desde lo alto, con corazón imparcial, las pasiones de los políticos—Goethe es el mejor ejemplo de ello, el cual, imperturbable, prosiguió creando su obra íntima, en medio del tumulto de las guerras napoleónicas.—Pero a veces, en muy rara ocasión en el decurso de los siglos, se originan tensiones contrapuestas, de tal fuerza de impulsión, que todo el mundo queda desgarrado en dos pedazos, lo mismo que una tela, y este desgarrón gigantesco se extiende a través de todo país, de toda ciudad, de toda casa, de toda familia, de todo corazón. Por todas partes, entonces, con su presión monstruosa, se apodera del individuo la fuerza inmensa de las masas, y éste no puede defenderse, no puede salvarse de la locura colectiva; un oleaje tan furioso no permite que haya ninguna firme posición, ninguna posición aparte. Estas totales divisiones del mundo pueden hacer explosión por el choque de problemas sociales, religiosos o de cualquier otra índole teórica y espiritual, pues, en el fondo, es siempre indiferente para el fanatismo la materia con que se inflama; sólo quiere arder y dar llamas, descargar su fuerza de odio acumulado; y precisamente en tales apocalípticas horas universales es cuando, con mayor frecuencia, irrumpe, en el delirio de las masas el demonio de la guerra, rompe las cadenas de la razón y se precipita sobre el mundo, libre y lleno de gozo.

En tales espantosos momentos de locura colectiva y división universal, carece de toda defensa la voluntad individual. En vano es que el hombre espiritual quiera salvarse en la apartada esfera de la meditación; los tiempos le fuerzan a penetrar en el tumulto, hacia la derecha o hacia la izquierda, a inscribirse en un bando o en otro, a adoptar un lema u otro, de los partidos en lucha; nadie, entre los cientos de miles y millones de combatientes, necesita en tales momentos de mayor valor, de más fuerza, de más decisión moral, que el hombre que ha adoptado una posición central, que no quiere someterse a ningún delirio partidista, a ninguna unilateralidad de pensamiento. Y aquí comienza la tragedia de Erasmo. Como el primer reformador alemán (y realmente el único, pues los otros más bien fueron revolucionarios que reformadores) había tratado de renovar la Iglesia católica según las leyes de la razón; pero el Destino puso frente a él, hombre de espíritu de muy dilatada amplitud de horizontes, evolucionista, un hombre de acción, Lutero, un revolucionario, agitado demoníacamente por las broncas fuerzas del pueblo alemán. De un solo golpe, el férreo puño aldeano del Doctor Martín destroza lo que la fina mano de Erasmo, sólo armada de la pluma, se había esforzado por enlazar, tímida y delicada-

mente. Durante siglos, quedará partido el orbe cristiano y europeo en católicos contra protestantes, gentes del Norte contra gentes del Sur, germanos contra romanos: en este momento, sólo hay una elección, una decisión posible para los alemanes, para los hombres de Occidente: o papistas o luteranos, o el poder de las llaves de San Pedro o el Evangelio. Pero Erasmo—y esta es su acción más memorable,—es el único entre los guaidores de aquella época que se niega adscribirse a un partido. No se pone del lado de la Iglesia, no se pone del de la Reforma, por estar ligado con ambos bandos: con la doctrina evangélica, ya que por convicción era el primero que la había exigido y fomentado; con la Iglesia católica, por defender en ella la última forma de unidad espiritual de un mundo que se viene abajo. Pero a la derecha hay exageración y a la izquierda hay exageración, a la derecha fanatismo y a la izquierda fanatismo, y él, el hombre inmutablemente antifanático, no quiere servir a una exageración ni a la otra, sino sólo a su norma eterna, la justicia. En vano se coloca como mediador en el centro, y, con ello, en el puesto de mayor peligro, para salvar, en esta discordia, lo general humano, los bienes de la cultura colectiva; intenta, con sus desnudas manos, mezclar fuego y agua, reconciliar unos fanáticos con otros: cosa imposible, y, por ello, doblemente excelsa. Al principio, en ninguno de los dos campos se comprende su conducta, y, como habla con suavidad, cada cual confía en poderlo atraer para su propia causa. Pero apenas comprenden ambos que este espíritu libre no quiere prestar acatamiento a ninguna ajena opinión ni proteger ni ayudar a ningún dogma, el odio y el escarnio caen sobre él desde la derecha y desde la izquierda. Como Erasmo no quiere ser de ningún partido, rompe con los dos; "para los güelfos soy un gibelino y para los gibelinos un güelfo". Lutero, el protestante, maldice gravemente su nombre; la Iglesia católica, por su parte, pone en el índice todos sus libros. Pero ni amenazas ni injurias pueden inclinar a Erasmo hacia un partido o hacia otro; **nulli concedo**, no quiero pertenecer a ninguno; este lema suyo lo mantiene hasta el final; es **homo per se**, hombre aparte, hasta sus últimas consecuencias. Frente a los políticos, frente a los conductores y seductores populares que impulsan hacia una pasión unilateral, el artista, el hombre de espíritu en el sentido de Erasmo,

tiene la misión de ser el mediador comprensivo, hombre de mesura y de centro. No tiene que estar en ningún frente de batalla, sino única y exclusivamente en la que se libra contra el enemigo común de todo libre pensamiento: contra el fanatismo; no apartado de los partidos, pues participar en el sentimiento de todo lo humano es vocación del artista, sino por encima de ellos, **au-dessus de la mêlée**, combatiendo las exageraciones de uno y otro lado, y, en todos, el odio sin sentido y siniestro.

Esta posición de Erasmo, esta indecisión o mejor dicho, esta voluntad de no decidir, fué, con gran simplicidad, calificada por sus contemporáneos y sucesores como cobardía, y se mofaron de sus vacilaciones conscientes, como si fueran flojera e inconstancia. En efecto, Erasmo no se confesó, con abierto pecho, al mundo, como un Winkelried; el heroísmo sin temor no era propio suyo. Con toda prudencia, se plegó para apartarse; galantemente osciló como una caña, a derecha e izquierda, pero sólo para no dejarse romper por el viento y volver siempre otra vez a levantarse. No llevó orgullosamente, como una bandera, delante de sí, su declaración de independencia, su **nulli concedo**, sino escondido bajo el manto como linterna de ladrón; temporalmente se agazapó y ocultó en escondrijos y utilizó efugios y pretextos, durante las más bárbaras colisiones del delirio colectivo; pero—y esto es lo más importante—mantuvo a salvo e intacta de los espantosos huracanes de odio de su tiempo su joya espiritual, su fe en la humanidad, y en este breve pabulo ardiente pudieron encender sus luces Spinoza, Lessing y Voltaire, como podrán hacerlo, más tarde, todos los futuros europeos. Como único de su generación espiritual, Erasmo permaneció más fiel a toda la humanidad que a un **clan** determinado. Fuera del campo de batalla, no perteneciendo a ningún ejército y hostilizado por ambos, Erasmo murió solo y solitario. Solitario, es verdad; pero—y esto es lo decisivo—independiente y libre.

Mas la historia es injusta con los vencidos. No ama mucho a los hombres mesurados, a los mediadores y reconciliadores, a los hombres de la humanidad. Sus favoritos son los apasionados, los desmedidos, los bárbaros aventureros del espíritu y de la acción: de este modo, ha apartado la vista casi despectivamente de este callado servidor de los sentimientos humanitarios. En el cuadro gigantesco de la Reforma, Erasmo se

In angello cum libello — kempis.—

*En un rinconcito, con un librito,
un buen cigarro y una copa de*

ANIS IMPERIAL

SUAVE — DELICIOSO — SIN IGUAL

FABRICA NACIONAL DE LICORES

SAN JOSE, COSTA RICA

alta en último término. Dramáticamente cumplen los otros su destino, todos aquellos posesos de su genio y de su fe: Hus se asfixia entre las llamas ardientes; Savonarola es amarrado al poste de la hoguera en Florencia; Servet arrojado al fuego por el fanático Calvino. Cada cual tiene su hora trágica: Thomas Münzer es tenaceado con tenazas de fuego; John Knox, clavado en su propia galera; Lutero, apoyándose ampliamente sobre la tierra alemana, lanza contra el emperador y el Imperio su amenaza de: "No puedo hacer otra cosa". A Thomas Moro y a John Fisher les ponen la cabeza sobre el tajo de los criminales; Zwingli, acogotado por la maza de armas, yace en la llanura de Cappel: todos ellos figuras inolvidables, intrépidos en su creyente furor, extáticos en sus cuitas, grandes en su destino. Mas, detrás de ellos, prosigue ardiendo la llama fatal del delirio religioso; los destruidos castillos de la Guerra de los Aldeanos son testigos infamadores de aquel Cristo, mal comprendido, cada cual según su modo, por aquellos fanáticos; las ciudades arruinadas, las granjas saqueadas de la Guerra de los Treinta Años y de la de los Cien Años, estos panoramas apocalípticos claman a los

cielos la sinrazón terrena del "no querer ceder". Pero, en medio de este tumulto, algo detrás de los capitanes de esta guerra eclesiástica y claramente alejado de todos ellos, nos contempla el fino semblante de Erasmo, levemente sombreado de duelo. No está amarrado a ninguna picota de martirio, sólo su mano no aparece armada con ninguna espada, ninguna ardiente pasión abraza su semblante. Pero claramente se destaca su mirada, azul, luminosa y tierna, inmortalizada por Holbein, y, a través de todo aquel tumulto de pasiones colectivas, se dirige hacia nuestra época, no menos agitada. Una serena resignación sombrea su frente— ¡ay, conoce la eterna stulticia del mundo!— mientras que una leve y muy delicada sonrisa de confianza se muestra en torno a sus labios. Lo sabe, en su experiencia; es propio del modo de ser de todas las pasiones el llegar a fatigarse. Es destino de todo fanatismo el agotarse a sí propio. La razón, eterna y serenamente paciente, puede esperar y perseverar. A veces, cuando las otras alborotan, en su ebriedad, tiene que enmudecer y guardar silencio. Pero su hora llega, vuelve a llegar siempre.

distas entregados totalmente a las administraciones y a los avisadores.

Creo que si se promedia el alfabetismo en castellano no se pasará en conjunto de un cuarenta por ciento, optimistamente. Hay muchos países con ochenta por ciento de analfabetos en América, y España no es un ejemplo de divulgación cultural. Por otra parte existe un promedio más alto de lo que llamaríamos "analfabetismo moral". Es decir, de gentes que saben firmar, leer, pero no leen porque carecen de costumbre de leer y ver leer, porque se las hace vivir en un ambiente de opresión mental que las resta interés por las cosas de la letra. Los países prácticos son países que, antes que fábricas de chorizos, pusieron escuelas. En nuestros países de cuello duro, un Lincoln difícilmente habría sido presidente, y el caso de un Sarmiento resulta todavía un enigma. Oligarquías empingorotadas y oscurantistas cierran todo horizonte. Explotan a fuerza de negar cultura. Tienen el concepto zarista del mando. Si contra ellas estalla el látigo de la despectiva frase de Cremieux y de la insurrección armada, no es cosa de encomendarse a todo los santos, sino de imitar a aquellos que fundaron escuelas y trataron de formar, entre todos y para todos, naciones, con lo cual se explayan idiomas y se abre el ancho campo de la cultura.

¿Quiénes los responsables? Los gobiernos bárbaros, son poco responsables, porque no tienen sentido de responsabilidad. Los responsables son los maestros, intelectuales, escritores, etc., que han sido y son ministros de regímenes barbarócratas y que se olvidan de su misión cultural por ser nada más que entes decorativos o negociantes burocráticos. En todos nuestros países hemos tenido pomposos nombres de mentres del Estado. Nunca se preocuparon por la cultura popular. Ni siquiera por interés de escritores que necesitan ser leídos. La culpa de lo que acontece es de ellos. No cito nombres, pero bien podría hacerlo. Todos conocen, por lo demás, esos nombres. Insignes ingenios que encallan en la comodidad de las poltronas y citan, en un mismo renglón, títulos de libros y condecoraciones oficiales. Ellos son los culpables. Y ellos son la intelligentsia oficial de nuestros países. Detractores de tantos "indios", "pelados", "plebe" que en ninguna parte es menospreciada sino culturizada, porque ella es la masa que trabaja y que—oh, escritores—os lee...

Por todo esto, la escaramuza del P. E. N. Club debe servirnos de punto de referencia no para esgrimir histéricos cantos al castellano sin par, sino para que ese castellano sea trabajado, leído, escrito y saboreado por la mayor cantidad de gentes. Como deber humano, es innegable. Como negocio editorial y literario—oh editores, oh escritores—es más evidente aún. De donde el escritor y el editor que protegen a las oligarquías oscurantistas, en realidad, se suicidan y olvidan el interés de la justicia y su propio interés inmediato y mediato. Démosles gracias a Benjamin Cremieux y a Baldomero Sanín Cano por este esclarecimiento. Y aborremos una protesta transformándola en negocio.

Santiago de Chile, 1936.

La alharaca del idioma en el Congreso de Escritores

Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

= De Unión Liberal. Bogotá, 26-X-36 =

Cuando Baldomero Sanín Cano se levantó y, con mesura, pidió que la revista de los P. E. N. Club debería estar redactada también en castellano, saltó el caprino Benjamin Cremieux protestando de que se llevaran a la asamblea de los inmortales "cuestiones de nacionalismo" y de idioma de "ces lointains pays" Como don Baldomero, ganado por la sorpresa, vacilara, el presidente cerró el debate. Ningún delegado español o indamericano acotó nada. En lo pasillos se inició el runrun del descontento. Pero en la sala, no.

Con este motivo comienzan a asomar artículos "patrióticos" acerca del castellano. Y protestas contra la audacia de Cremieux. La postura de protestar es fácil y tiene a su servicio miríadas de ejemplos, casos patéticos y sobre todo, permite llevar y traer a Cervantes, el Quijote, Sancho Panza, el Lazarillo, a Montalvo y sus admiradores, a Bello y su discípulos y a una infinidad de nombres a más y mejor. Pero, no es eso lo constructivo. Ni lo importante.

La primera pregunta constructiva debe ser esta otra: ¿Por qué Cremieux como intérprete de una opinión no desmentida sostuvo la inanimidad del castellano y la prevalencia del inglés, el francés y el alemán como idiomas de la revista P. E. N.ista?

La respuesta es obvia: porque el castellano es el idioma menos leído, el que tiene menor importancia como vehículo literario.

¿Cuál es la causa por la que un idioma hablado por mucho más de cien millones de gentes tenga menos influencia literaria que el alemán, pongamos por caso?

La respuesta también es obvia: porque en castellano hay más analfabetos que en los demás idiomas.

¿Por qué hay más analfabetos castellanos que alemanes, ingleses o franceses?

Y aquí es donde es forzoso devolver la pelota a los protestadores y en donde se comienza a explicar el silencio expresivo de los delegados y huéspedes de habla hispana constituidos en la reunión de Buenos Aires.

Empecemos la historia y tratemos de ser concretos.

Una edición inglesa parte casi siempre de un mínimo de veinte mil ejemplares. Una francesa, más prudente y parca, de cinco mil. Una alemana, ignoro de cuántos. Una castellana, en España, partía de un promedio de tres mil quinientos. Cuando un libro escrito en español pasa de veinte mil ejemplares, es un caso raro. En inglés son frecuentes los que pasan de 200,000. El 100e millar no es raro entre los franceses. Por consiguiente se explica que los escritores, que después de producir belleza o verdad, se preocupan de que sus conclusiones se difundan y viven de ellas, miren con cierto menosprecio un idioma poco divulgado.

Es cierto que—los congresos del libro son expresivos—hay más de ochenta millones de lectores nominales titulares en América, y más de un centenar de millones de lectores en castellano en el mundo. Pero de ese centenar y más de millones no se sacan muchos lectores. El promedio de tirada de los diarios nuestros lo indica claramente. Cuando un diario nuestro alcanza 80,000 ejemplares es un éxito, excepto en Buenos Aires. Lo cual se explica por el predominio del analfabetismo literal y moral, y por la falta de técnica de los perio-

Primero republicanos

= Nota editorial. Noviembre 21 del 36 =

Queremos manifestar aquí nuestra simpatía al grupo de caballeros españoles que en recientes días hizo una manifestación en favor de su República española. Podríamos decir de España, porque en verdad, las fuerzas que se han conjurado contra el gobierno republicano español, se han conjurado sin disimulo contra España. Lo sensible es que hubiera español, General o no General, que so pretexto de una rebelión civil, se pusiera de lado de quienes han querido matar a España. Guerra provocada y sostenida por Alemania, guerra provocada y sostenida por Italia, guerra de clérigos de todo el mundo, hasta de nuestros aldeanos clérigos, guerra de soldados de África y de criminales del mundo entero, guerra alimentada con el capitalismo internacional, no ha de ser sólo para darse el gusto de consagrar a un Franco como dictador, sino para humillar a España y para sacrificar su alma. Pero nosotros nos conformamos, por ahora, en nuestra decisión de estar con España sin palabrerías de 12 de Octubre, ni fanfarronadas filiales hacia una madre patria de revistas, porque en primer término somos republicanos y lo que queremos que se salve en España es el ideal republicano.

España no ha podido vivir su república, a pesar de que está llena de su espíritu, sencillamente por culpa de obispos y generales y de todos los Mañchs que en España prosperaban a la sombra de la casa reinante y a costa de la ignorancia y miseria popular. Pero España tiene derecho a vivir su república, porque sólo dentro de las doctrinas de este sistema, dentro de los principios éticos en

que se inspira, el pueblo español podrá lograr afirmar su conciencia, salvar su espíritu, dignificar su hombre humilde y acabar con la conjuración de fuerzas siniestras que han podido mantenerlo por un largo período de su historia en una servidumbre que lo ha mantenido casi al margen del movimiento progresivo de la Europa civilizada.

Por razones más o menos semejantes, no propias del pueblo español, sino de las clases que humillaban a España tanto como humillaban a sus colonias de América, los pueblos de este continente conquistaron la libertad civil y establecieron como sistema natural de gobierno, el republicano popular. A pesar de nuestras deficiencias de cultura, a pesar de nuestros impulsos naturales, a pesar de los fermentos que se han agitado en lo íntimo de nuestras comunidades sociales, a pesar de todo, con la República vamos salvándonos, vamos perfeccionando nuestros ideales y vamos dignificando al ciudadano. Algún bien hemos conseguido con esto. Queremos ese bien para otros pueblos, lo queremos urgentemente para el pueblo español.

No tenemos por qué hacer la apología de la República. Todo gobierno no es sino experiencia. Cuando un español primitivo dice que España necesita la monarquía porque ese es su sistema natural, nosotros oponemos nuestra modesta experiencia y la realizada por otros pueblos de gran envergadura, como se dice. No nos explicamos cómo puede vivir Francia su república civilizada en la vecindad de España, y España no la pueda vivir racionalmente. No nos explicamos cómo Inglaterra puede vivir en su sistema mix-

to de Gobierno, el democrático de naturaleza republicana, y España ha de conformarse con un rey que alternaba su vida en el circo de toros y en los Te Deums de las iglesias. No nos explicamos cómo una nación compleja como los Estados Unidos puede afirmar su destino en el sistema republicano, realizar casi una civilización, afirmarse como una potencia internacional y como una fuerte unidad histórica, y España ha de seguir sembrando coles para el fraile y respetando sumisamente los cotos de caza de los señores feudales españoles.

Porque hemos visto al pueblo español libre, ejerciendo varonilmente sus derechos, provocando intensos movimientos de cultura popular, asistiendo con orgullo a los parlamentos del mundo donde su palabra sirve a nobles intereses de justicia internacional, por eso queremos que él se salve con las instituciones en donde logra también varonilmente definirse como lo que fué en los mejores tiempos de su historia: como un gran pueblo.

Pero en este momento trágico de la historia del mundo en que los sistemas populares, de gobierno vacilan bajo el empuje de tiranías más o menos francas, de dictaduras más o menos audaces, de retornos de príncipes degenerados a las coronas de Europa, los pueblos de América cumplen con su deber por lo menos manifestando su adhesión a la República española puesta a prueba heroica en este instante.

Nos satisface que un grupo de españoles distinguidos, a la cabeza de los cuales figura el artista don Tomás Povedano, le haga el honor a la república de Costa Rica, de lan-

Se afirma en París que el Vaticano contribuye con grandes sumas para la Revolución Española

(Diario de Costa Rica, 17-IX-36)



Dios tendrá que rezarle al Papa

Madera de Emilia Prieto

zar desde aquí, sin temores, un voto de adhesión a su república. Consideramos que al convivir ellos con nosotros han logrado penetrarse de nuestros modestos ideales, han comprendido nuestras secretas aspiraciones y son así fieles al ideal universal que nosotros servimos. Nos parece hermoso su gesto. Nos parece que el viejo artista se aureola de claridad, como en una victoria moral, cuando hace su profesión de fe republicana. Por esta profesión de fe republicana, la monarquía

bendecida por el Papa, llevó mil veces al patíbulo a los varones sencillos y fuertes de España que abogaron por la libertad civil y por la justicia democrática.

También por ese ideal hoy se sacrifican centenares de hombres españoles: de hombres que van al sepulcro con el convencimiento sincero de servir a la salvación de sus hermanos. De hombres que perecen bajo los cascos de los caballos africanos, por la fuerza de los explosivos alemanes e italianos, pa-

ra que alguna vez España republicana se enorgullezca de haber convertido a su hombre humilde, de un súbdito sumiso en un ciudadano consciente.

Porque tenemos también el convencimiento de que nuestro hombre es bastante un ciudadano consciente, queremos que el de España se redima de todas las infames servidumbres que han empobrecido su alma y comprometido su destino.

Republicanos en primer término.

Ante la farsa de Buenos Aires

No somos del coro y debemos hablar

Por JUAN DEL CAMINO

= Colaboración.—Costa Rica y noviembre del 36 =

Ya navega el segundo Roosevelt y su política de "buen vecino" hacia nuestro Continente. En Buenos Aires encontrará servida la mesa y el abundante manjar del panamericano. Es un viaje para impresionar y el coro celebra el triunfo del visitante en las elecciones recién pasadas, como un signo de bienestar político para nuestros países. Sabe el imperial presidente que somos impresionables y se lanza al mar buscando la conquista. Dirán que nos quiere y nos tiende la mano bondadosa. Cuando pudo mirarnos con insolencia, después que las urnas electorales le dieron inmenso señorío, olvida la victoria y arumba al Continente a inaugurar en su extremo sur una deliberación de gobiernos. Es homenaje para nuestra América y manifestación sincera de que las prácticas de la buena vecindad están trabajando en lo hondo.

No somos del coro, y la farsa de Buenos Aires no tiene, a pesar del poderoso e inesperado animador, otro significado que el de una reunión con fines imperialistas. La invención del "buen vecino" sigue desacreditada. Allí está Puerto Rico avasallado. Los gobiernos acatan la orden del Departamento de Estado y sitúan delegados en la conferencia. Pero saltan sin respeto sobre el dolor puertorriqueño. Como es el imperialismo yanqui el que los mueve, no pueden resentirlo. Y en Puerto Rico están ocurriendo hechos sonarbríos. Para silenciar las voces que llaman al pueblo a unirse contra el gobierno insular, inventaron los funcionarios del Departamento de Estado aquel infame proceso que tiene metidos en la cárcel a los hombres de combate. Lo inventaron, y juzgaron así acabar con la lucha. Las cárceles están llenas de puertorriqueños de honor y el Departamento de Estado no ha sentido la quiebra de la lucha. Las milicias yanquis y yanquizadas violan hogares, apalean, matan toda deliberación como sistema para domar al puertorriqueño. Puerto Rico es un infierno.

Y ese infierno lo ha creado la política del "buen vecino" que navega rumbo a Buenos Aires en compañía de su inventor, el segundo Roosevelt. ¿Por qué está en vasallaje Puerto Rico? Porque el imperialismo yanqui es poderoso y aplasta al pueblo que necesita sumiso para que el territorio dé todos sus recursos. El puertorriqueño no ha capitulado ni lo hará nunca. Si el Departamento de Estado juzgó que atropellando a las mejores inteligencias y ejecutando a diario actos de terror iba a morir el alma rebelde de ese pueblo, cometió una gran pifia. En Buenos Aires no se hablará nada de la condición de

Puerto Rico. El Departamento de Estado lo ha ordenado así.

Mas los que no hemos entrado en el coro a postrarnos miserablemente ante la victoria electoral del segundo Roosevelt, debemos hablar por Puerto Rico para que la farsa del panamericanismo muestre su faz horrible. El Departamento de Estado ha escarnecido tanto a Puerto Rico en esta hora de conferencias, que escogió para vocero de ese pueblo en Buenos Aires a un tipo yanquizado que en toda hora ha sido falderillo del Departamento de Estado. Y hablará en nombre de Puerto Rico secundando al imperialismo y presentándolo como la fuerza civilizadora. Este hecho revela la maldad del Departamento de Estado y la mentira de la política del "buen vecino". Ni siquiera han podido los puertorriqueños embarcar delegados que fueran a hacer opinión y a presentar el verdadero problema de su nación en Buenos Aires. Las autoridades yanquis se negaron a dar pasaportes a todo aquel que fuera desafecto al

imperialismo. El propósito ha sido matar la acusación y dejar como única voz laudatoria la del descastado Emilio del Toro Cuevas.

Estos pueblos necesitan saber quién es el individuo que el Departamento de Estado eligió como representante de Puerto Rico en la conferencia que va ufano a inaugurar en Buenos Aires el segundo Roosevelt. La acusación hecha inmediatamente después de haber sido impuesto el nombre del descastado, dice así: "Por eso es bueno que sepan todos nuestros pueblos hispanoamericanos, desde el Río Grande hasta el Estrecho de Magallanes, que Emilio del Toro Cuevas, juez presidente del Tribunal Supremo de la Isla, ha sido entre nosotros—como aquí lo sabe todo el mundo—el más rancio, solícito y consecuente de los panegiristas del régimen colonial norteamericano en Puerto Rico; que su fiel actitud ultraamericanista es tronco genealógico de la casta de austriacantes puertorriqueños, y que su prédica inalterable de rendimiento total a la norteamericanización, es la más tenaz y peligrosa de las amenazas que se ciernen sobre la personalidad política, histórica y racial de nuestro pueblo. En una palabra, Emilio del Toro Cuevas habrá de representar en Buenos Aires los intereses exclusivistas del pueblo de Estados Unidos, con el disfraz de puertorriqueño que le da su carta de natalidad. Y es bueno que sepan nuestros pueblos hispanoamericanos que Emilio del Toro—quien no ha recibido jamás un sufragio del pueblo que lo vió nacer, y quien debe todos los cargos públicos que ha desempeñado en nuestro país al gobierno de Estados Unidos—no podrá hablar en la capital argentina a nombre de Puerto Rico, sin que cada una de sus palabras constituya un flagrante delito de usurpación al sentir y pensar del pueblo puertorriqueño. Washington acaba de infligir su desprecio más abrumador a la última llamarada de fe que tenía en sus buenas intenciones nuestra Isla paciente y confiada. La selección de Emilio del Toro como representante suyo en Buenos Aires, descubre un mundo de infinitas tenebrosidades. ¿Cómo es posible que el más poderoso de los pueblos de América le juegue la más ensañada, alevosa y premeditada jugafreta al más indefenso de los pueblos de ambos continentes?"

Esa es la acusación del puertorriqueño de honor contra el imperialismo yanqui y contra el malvado que ese imperialismo escoge para vocero de un pueblo en unas conferencias en donde estará ausente la opinión que desacuerde con la absorción imperialista. Y habla el

"¡Venceremos!", afirma Romain Rolland

Mitchel Fields, escultor americano, ha visitado en Suiza a Romain Rolland. Por encargo del Parque de Cultura y Reposo Gorki, ha esculpido el busto del gran escritor. Antes de su regreso a la U. R. S. S., Romain Rolland le ha entregado la siguiente carta:

Trasmítala a los trabajadores de la Unión Soviética mi saludo cordial. Ellos saben cuánto quiero y admiro la energía magnífica con la cual edifican una nueva vida para la U. R. S. S. y para el mundo entero. Su magnífico ejemplo es la garantía de victoria de los pueblos de todos los países.

¡Hermanos del país soviético! En la hora actual la más encarnizada batalla se cierra sobre Occidente. Hoy se lucha en España; mañana puede ser Francia la que se encuentre cercada y amenazada por la coalición fascista. Apretemos nuestras filas y unámonos más estrechamente que nunca. Cada uno de nosotros lucha por todos.

Mi salud me obliga a permanecer aislado en esta pequeña aldea suiza; pero con el pensamiento estoy ligado a todos los trabajadores, a todos los combatientes que luchan por un mundo mejor. Estrecho la mano a todos los combatientes proletarios y les digo: Hermanos, somos los combatientes de un solo ejército; con nosotros marchan al combate las fuerzas del porvenir, la libertad, la verdad y la razón.

¡Venceremos!

Romain Rolland

Villeneuve (Suiza). Septiembre de 1936.

(De El Sol, Madrid).

coro de la sabia política del buen vecino. Necesita hablar porque así no se compromete. Pero la farsa debemos perseguirla y decir que este segundo Roosevelt es farisaico. Sale lleno de pompa a presidir en Buenos Aires la reunión convocada por él mediante epístolas dirigidas a los gobernantes de estos pueblos. Y a sangre y tormento silencia la protesta de un pueblo de nuestra raza. Y da credenciales a un villano para que hable en nombre de ese pueblo. ¿Cómo creerle? ¿Cómo no indignarse? Sólo los fariseos pueden tener fe en una política enmascarada. Sólo los fariseos pueden esperar bienes de la conferencia que tendrá como consigna aprobar lo que favorezca al imperialismo yanqui. Por eso, cuando en ella sea exaltada la obra civilizadora del imperialismo en las pequeñas nacionalidades sojuzgadas por el yanqui, no debemos engañarnos. El Departamento de Estado sabe que no debe llevar representantes capaces de estar en desacuerdo con sus planes de vasallaje. Y en aquellos países en donde necesite exaltar su paso civilizador, da de alta como delegados en Buenos Aires a los adictos. Veremos salir de allí la iniciativa para construir el Canal de Nicaragua, de la delegación nicaragüense. Después dirá el Departamento de Estado que sólo acata el acuerdo de las veintidós naciones. Cada maldad que allí sea aprobada en favor del imperialismo yanqui saldrá con el sello de las veintidós naciones. Ya la Unión Panamericana hacía eso mismo. No es nuevo el procedimiento, a pesar de la invención de la política del "buen vecino".

Por eso nadie que en verdad quiere a nuestra América debe mirar en el segundo Roosevelt otra cosa que al político yanqui al servicio del imperialismo. Cada paso es para afianzar la penetración imperialista en nues-

tros países. La misma victoria electoral que acaba de obtener es la confirmación cabal de que las fuerzas directivas del imperialismo encuentran en él a su mejor ejecutor. La pe-

Del Salmo XXII dice que es "divino" Fray Luis de Granada en el Libro I, Cap. XII, de la Guía de Pecadores. El texto de Granada dice:

Destos mismos oficios y beneficios de pastor habla y trata todo aquel divino salmo: *Dominus regit me*. En lugar de las cuales palabras traslada Sant Hierónimo más claramente: *Dominus pastor meus est*. Y propuesto este principio prosigue luego en todo el psalmo todos los oficios de pastor: los cuales no pongo aquí, porque quienquiera los podrá por sí leer y entender.

Dice así el salmo XXII, en la traducción del Padre Amat:

El Señor me pastorea, nada me faltará.
El me ha colocado en lugar de pastos:—me ha conducido junto a unas aguas que restauran y recrean.
Convirtió a mi alma.—Me ha conducido por los senderos de la justicia, para gloria de su Nombre.

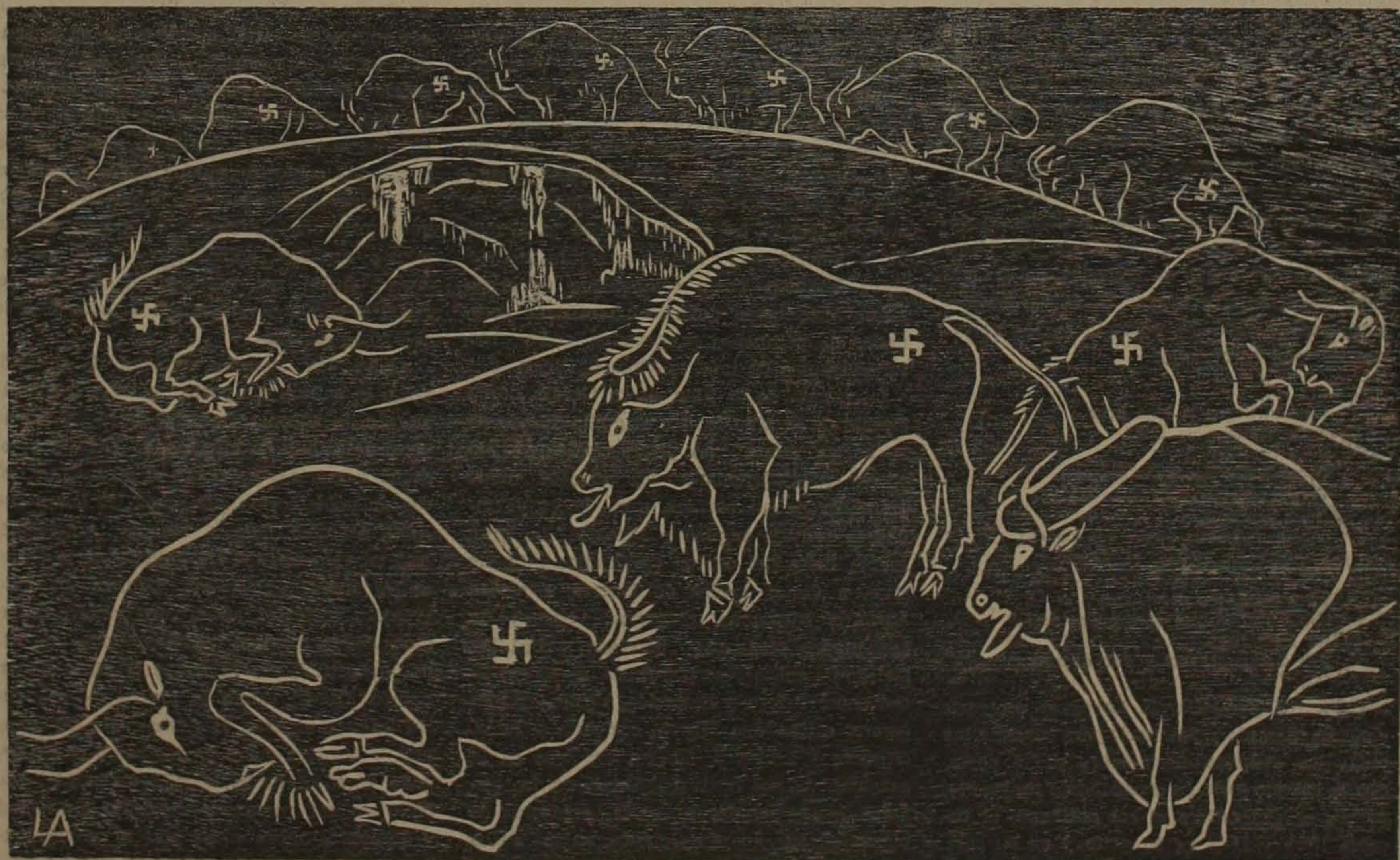
De esta suerte, aunque caminase yo por medio de la sombra de la muerte, no temeré ningún desastre; porque tú estás conmigo.—Tu vara y tu báculo han sido mi consuelo.

Aparejaste delante de mí una mesa abundante, a la vista de mis perseguidores.—Bañaste de óleo o perfumaste mi cabeza. ¡Y cuán excelente es el cáliz mío que santamente embriaga!

Y me seguirá tu misericordia todos los días de mi vida:—a fin de que yo more en la casa del Señor por largo tiempo.

netración se hace sin escándalo. El imperialismo yanqui sigue obteniendo ventajas y con un aumento enorme del coro que pregona el abandono de la fuerza y la colocación de los Estados Unidos en un plano de igualdad de derechos con las naciones de nuestra América. Satisface al Departamento de Estado en quien están concentradas las fuerzas de conquista y entonces empuja al segundo Roosevelt. A Buenos Aires va porque allí tendrá conquistas. Es necesario que una farsa de esa magnitud ocurra periódicamente en pueblo de nuestra América, pues los sucesos exigen la legalización de las conquistas. Son legalizadas por gobiernos adictos al Departamento de Estado. Por eso descastados como Eimilio del Toro son la falange de las conferencias ordenadas por el yanqui. Se sientan ufanos y cuando es el momento de justificar las pillerías cometidas por el imperialismo yanqui, son más fieros defensores y apologistas que el propio yanqui. Han perdido arraigo en su pueblo y el yanqui los utiliza en mil menesteres. Por esto indigna que el segundo Roosevelt pregone que en Buenos Aires serán discutidos los problemas de estos pueblos. ¿Qué ha hecho del pueblo puertorriqueño? Azotarlo con unas milicias sanguinarias y situar en Buenos Aires para escarnerarlo más al descastado que ha vivido de rodillas ante el Departamento de Estado.

Esa es la verdad, y aunque el coro pregone las inmensas ventajas políticas ganadas por estos pueblos con la invención de la buena vecindad. Es una la farsa y sólo sus ejecutores cambian. Expresamos nuestra profunda adhesión a Puerto Rico y sabemos su dolor y su dignidad ante el yanqui imperialista que hace de ese pueblo una lección ejemplar para nuestra América.



La «caverna española» y los bisontes de Altamira

Madera de L. de Arriñano

García Lorca, gracia y Muerte

Por JUAN MARINELLO

= Envío del autor. México. D. F., noviembre de 1936 =

Una bala fascista, de las muchas que se disparan hoy al corazón de España, ha silenciado para siempre la cabeza milagrosa de Federico García Lorca. Ya se ha dicho lo que nos ha quitado, al asesinarlo, la furia cavernaria. En todos los pechos honrados, se ha erguido una ira dolorosa; en las pupilas limpias ha aparecido el poeta quieto, sangrante, rígido amortajado por su Granada entrañable.

Mi dolor, mi creciente indignación ante el hecho monstruoso, no ha podido borrar la imagen vivida del poeta. Para mí Federico García Lorca no entrará jamás en la sombra. Yo no puedo recordarlo—revivirlo—sino en sus días radiantes de La Habana, en el triunfo indefectible de su gracia. Cuando nos abrazamos largo y fuerte en el muelle habanero lo di por perdido, por acabado en aquella su presencia numerosa, cálida y rica. Federico quedaba en el barco que lo devolvía a la ausencia, todavía cercano a nuestro tacto, hijo de nuestros ojos, pero ya un recuerdo presente. Imaginar su vuelta, su cercanía, su cambio, hubiera sido traicionar el recuerdo y romper aquella peregrina unidad que nos lo había entregado como un momento lúcido de nuestra juventud ansiosa.

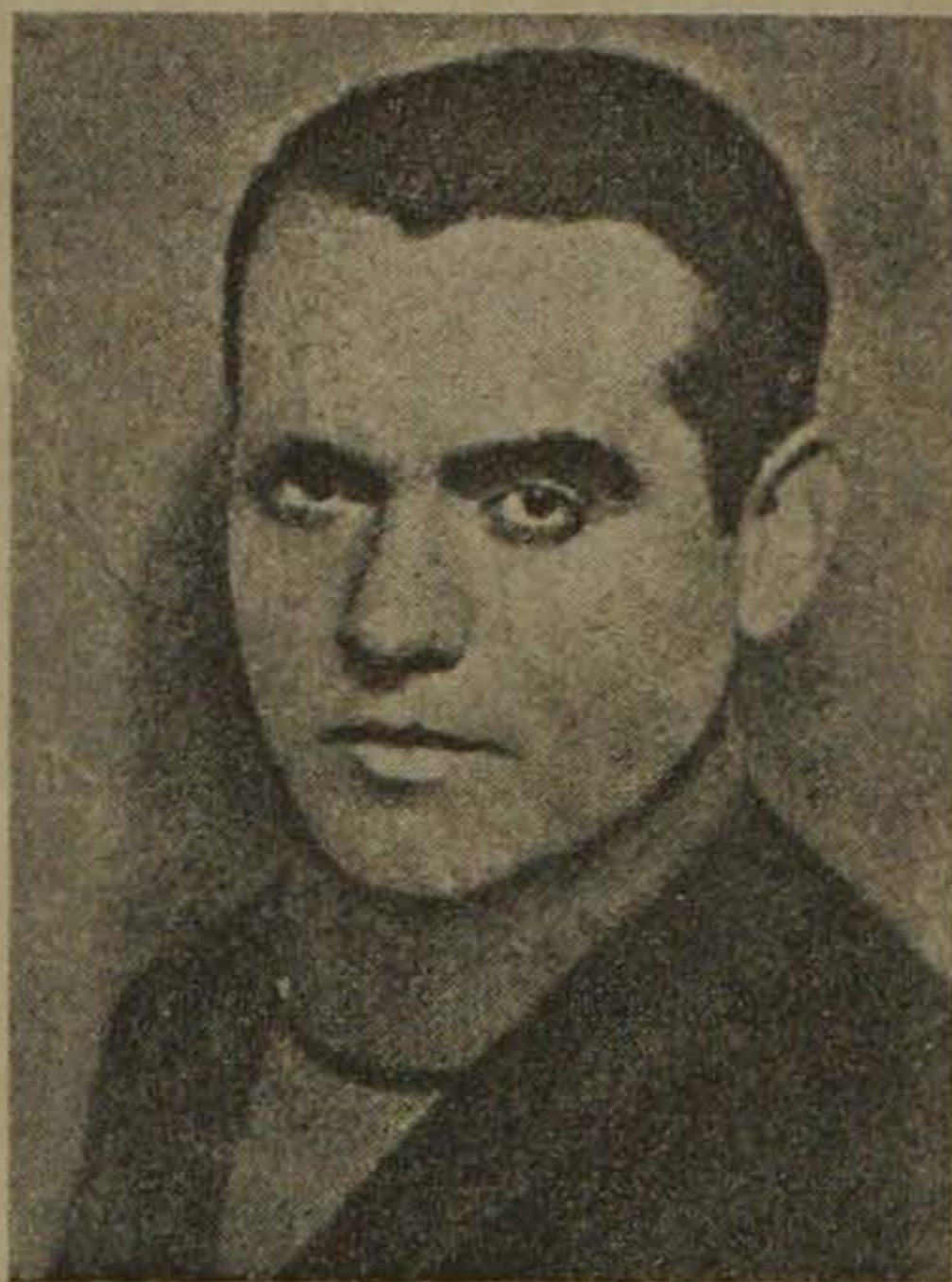
Federico García Lorca se nos dió en La Habana en toda su medida. Yo he tenido siempre la sospecha de que sólo los cubanos le vieron al poeta el tamaño entero. Llegaba en un instante radioso. Su juventud tocaba un momento cargado de anticipada madurez; sus tentáculos líricos se movían desvelados en una firme agilidad buscadora de sendas y laberintos. Toda la vitalidad ingenua y sabia del hombre y del poeta se derramaba desesperadamente sobre el criollo. Cuba era para su sed como una Andalucía desgarrada y gritadora, como su niñez, encontrada al fin. Cuba excitaba su potencia y se gozaba en agotarla. El ritmo gitano de su sangre se trenzaba en el galope de la sangre negra. El canto jondo—gran pasión suya—se adormía en los vaivenes del son afrocriollo:

Quando llegue la luna llena
iré a Santiago de Cuba,
iré a Santiago.
en un coche de aguas negras.

Iré a Santiago
cuando la palma quiere ser cigüeña
y quiere ser medusa el plátano.

Iré a Santiago
¡Oh Cuba! ¡Ritmo de semillas secas!
Iré a Santiago.
¡Oh cintura caliente y gota de maderal!

Cuba fué para García Lorca el contraste violento, liberador, necesario para sacar a luz todas las esencias del hombre y del poeta. Por lo cubano lució su españolismo sangrante, porque al distenderse al sol antillano, al tocarse libre y feo en su grito y en su carne, le salió el latido más recóndito de su raza. Aquella extravasación violenta, aquel



Federico García Lorca

renacimiento en sí mismo lo situó definitivamente. Por ello, quedó distante, extranjero, a muchos ojos cubanos enturbiados de localismo y a muchos ánimos moldeados, esclavizados por la atmósfera isleña. Eran, precisamente, ánimos y ojos que formaban el conjunto, distinto, agresivo, que exaltó y reveló al poeta. Los que estaban en el espíritu y en la circunstancia del artista, los que entendían su aliento tradicional y le conocían de antes la entraña inquieta de miedos y presagios; los que medían la obra del medio sobre la voz del poeta y el pulso del hombre, gozaron un espectáculo impar. La luz de aquella gracia nos vedó de una vez ésta sombra de ahora. No podemos imaginar al poeta desfigurado, manchado por la muerte. García Lorca nos enseñó la gracia de la Muerte, nos enseñó a ver la Muerte—sus Muertes—como compañeras de senda y laberinto como deidades familiares coronadas de pámpanos sangrientos, como rectoras lejanas de toda adivinación lírica.

La gracia de la Vida es en García Lorca ciencia de la Muerte. Sin el guiño afilado de la herida mortal no puede entenderse la poesía garcíalorca. Es como el fondo animador de sus poemas, como la ganga invisible que los empina y sustenta. La gran fuerza lírica del cantor granadino infundió alma a varios modos de Muerte, a varias Muertes, hermanas rencorosas, hechas de una misma sustancia desolada y tiránica. Detrás de sus héroes populares, de su multitud supersticiosa y descreída, sigilosa y pinturera, atisba una Muerte cariciosa y falaz, elegante y ambigua. Brillan sus ojos en la carabina de sus contrabandistas, en los puñales de sus conjurados, en las calaveras de plomo de sus guardias civiles, en los senos sangrientos de Olalla, en la herida del bandolero que, desangrándose, sube a besar la

hija del compadre bronco, en el perfil numismático de Antoñito El Camborio... Hay otras Muertes en los versos de García Lorca. Hay la Muerte sabia, solemne, aristocrática, del catolicismo español; la Muerte de latines tétricos que se adelanta a la esperanza y se refugia en retóricas escolásticas o en delirios místicos; la Muerte teológica de la Oda al Santísimo Sacramento.

Ambas Muertes, la mundana y la religiosa, la popular y la culta, la que llora con los hombres y la que juzga el llanto de los hombres se fundían en el españolismo universal y profundo de García Lorca. De ahí su fuerza. De ahí aquella calidad firme en lo popular y aquella gracia de entendimiento en lo erudito. De ahí aquel juego de audacia con lo humano y lo divino. Recuerdo muy vivamente una noche habanera en que hablábamos sobre este juego magistral. Reconoció conmigo el poeta que había un modo español de ver la vida que arrancaba del modo peculiar de entender, de sentir la Muerte. De éño viene, decía, que gentes de otros climas, de otras razas, para los que la Muerte es cosa sin tragedia ni dimensión, no penetren jamás lo más hondo y singular de la lírica española de todos los tiempos. Porque mis versos, agregaba, no son otra cosa, lo mismo en lo popular que en lo religioso, que la continuación de un camino que viene andándose hace siglos... Cada hombre, terminaba—y ahora me es como nunca preciso su gesto amplio y excesivo—tiene un modo de ser hombre, malo o bueno. El que rompe ese modo, que le viene en la sangre, es un descastado... Por eso ya desprecio decisivamente a Eugenio D'Ors... No hace mucho lo encontré en Madrid. Al saludarle, le pregunté, según lo usual, por su salud. Me contestó con los labios apretados. (y Federico remedaba el hablar d'orsiano), que sentía cierto malestar porque en aquella misma mañana había enterado a su padre... Quien así entiende la Muerte, cerraba el poeta, ni entiende a España, ni a lo que no es España...

Ahora, las Muertes rectoras de su obra velan la cabeza del poeta, muda y destrozada por la insana fascista. Para mí sigue vivo, defendido en su Gracia. Un día le oí decir: Yo no soy un poeta ni un hombre, yo soy un pulso herido que ronda las cosas que están del otro lado... En esa adivinación está su vida eterna. De haber muerto en su cama, anciano glorioso, hubiera quedado presente, inmortal, en su verso, nuevo de siglos. Ahora quedará, además, como una señal imborrable de la ira acorralada de un mundo injusto, como la marca de una furia infernal dada a la destrucción del hombre. Y también como un momento de la España popular, de la España verdadera, que halló en sus romances expresión fidelísima y encuentra ahora en su muerte ocasión para honrar a su cantor con una heroicidad imponderable.

La voz a ti debida

En el cuarto centenario de la muerte de Garcilaso

Por LUIS BELTRAN GUERRERO

= Envío del autor. Caracas, octubre 18 de 1936 =

Admirar, mirar de cerca al pasado en cuanto tiene de permanente y fecundo, es a un mismo tiempo enseñanza, ejemplo y deleite, virtudes ductoras que, lejos de desperdiciar por presuntuoso menosprecio de lo tradicional, vale mejor aprovechar en su valedera esencia, más aún si hemos aprendido, con algún maestro en simpatías y diferencias, que regar una tradición, o no tiene sentido, o no tiene sentido, o no es más que la primera mitad de la verdadera revolución; y que, lo que importa, es reinterpretar, volver a admirar lo que ya nadie sentía siquiera a fuerza de figurarse que lo admiraba.

Precisa recordar a Garcilaso de la Vega e intentar interpretarlo, siquiera sea suscitados por un motivo cronológico, como es la conmemoración del cuarto centenario de su muerte, que han celebrado ahora las nuevas Españas que hablan español, ya que la materna España habrá quizás olvidado, entre el fragor de fratricida contienda, al sentidor y decidor que inició la edad de oro de su cultura. Nos corresponde evocar a Garcilaso, y esa evocación es ya signo de amorosa estimación por los valores espirituales y signo también de sentido universal de la cultura, porque no hemos de limitar la pleitesía a lo nativo, sino que habremos de expandirla por todos los confines, atentos sólo a la integral iluminación, guiadora y salvadora, que sobre los hombres de todas las patrias reflejan quienes Baudelaire llamó Faros de la humanidad.

¿Habrá olvidado a Garcilaso la España de estos dolorosos instantes? Acaso al poeta, que no tiene entre sus cuerdas la del yambo heroico. Pero ¿cómo ha de olvidar al guerrero, flor de guerreros, cuyas hazañas renueva? Allí, los paisanos de Garcilaso convierten en monumento de su propia epopeya al que defienden; y las ruinas del Alcázar mayor de Toledo (que construyó Carlos V, rey de nuestro poeta) pregonan por sí cómo ha sido heredado y repujado el heroísmo que demostró el toledano. Mas, por sobre la exaltación de la valentía en ambos bandos, mientras se repite en cruda realidad el verso del poeta:

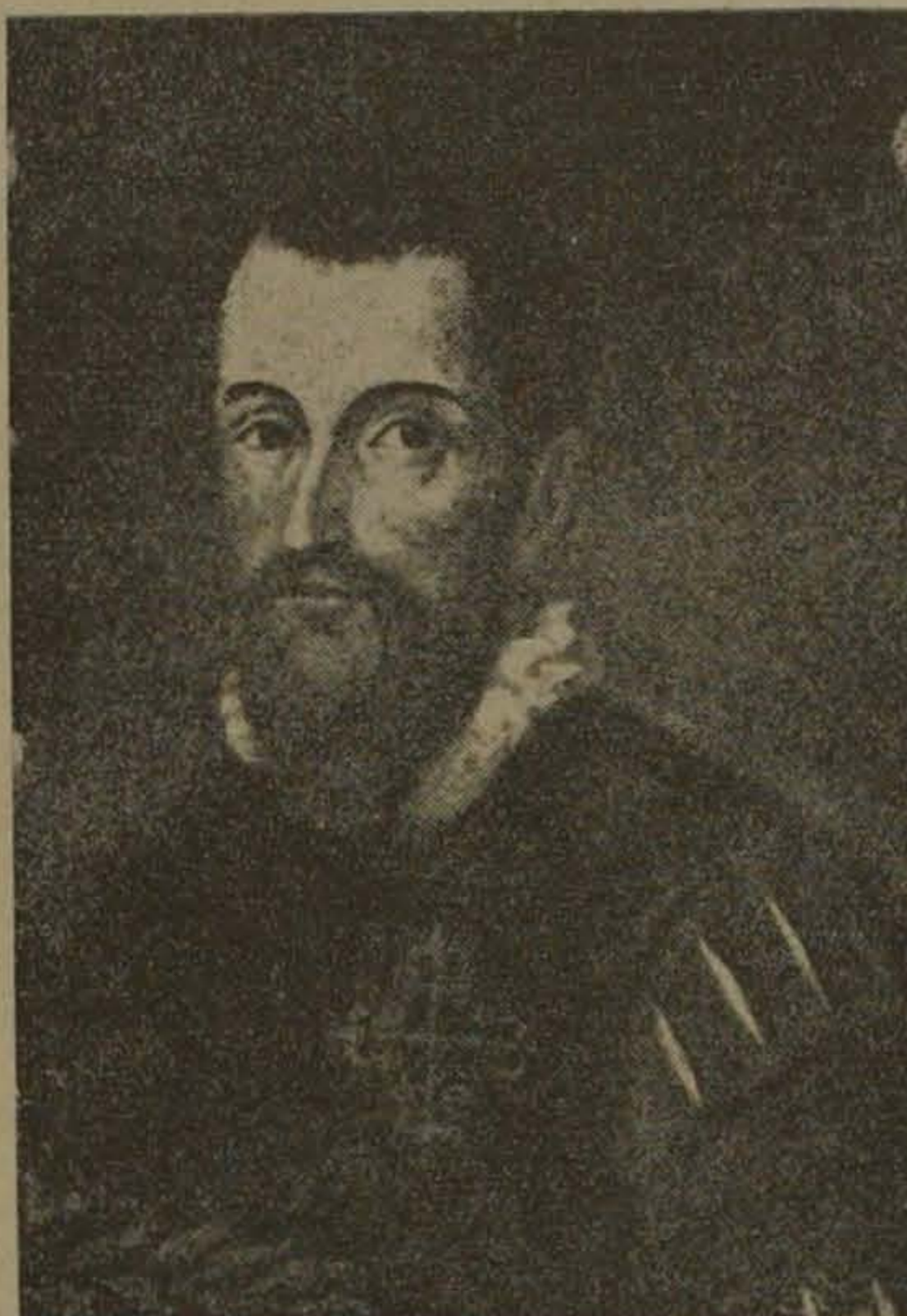
Unos en bruto lago de su sangre,
cortado ya el estambre de la vida,
la cabeza partida revolcaban...

a nosotros solamente nos corresponde el sentimiento de lo irremediable ante la común laceria de la España actual.

No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.

Hombre y poeta: ternura.

La poesía castellana es seca y dura: la fantasía se desborda en exuberantes formas retóricas, pero vacía de sentimiento, de intimidad, de ternura. Por encima del vistoso ropaje del idioma no se advierte el latido del corazón; y aún en la revelación de amores, resalta en efectos sin descubrir afectos. Como el carácter español, la poesía española tiende a lo heroico despreciando lo natural



Garcilaso de la Vega

y sentimental: de ahí lo raquítrico de su lírica pura y lo rico de su épica.

Entre el Garcilaso hombre y el Garcilaso poeta aparece una contradicción entre la vida pública del uno y la vida íntima que los versos exponen; pero hay en el fondo un armonioso maridaje entre su lírica y su intimidad. Dió lo épico a la vida: su brazo a las batallas; reservó, en cambio, su corazón para la perpetua delicia de sus cantos. Caballero del Renacimiento como quien más, vivía

tomando, ora la espada, ora la pluma

y realizando así la dualidad de lo heroico y lo sentimental, porque su pluma nos deja, por primera vez en lengua castellana, la más delicada expresión del sentimiento individual.

El hombre es héroe en múltiples combates. Su condición de caballero de la Guardia Real del Emperador le ofrece ocasión de recibir su bautismo de sangre, apenas a los 18 años, en Orlas. Herido después en la guerra de Túnez y legionario en más de una campaña contra comuneros, turcos y franceses, sus proezas se narran hasta parecer increíbles, como aquella estupenda aventura de Veletri que nos cuenta D. Luis de Zapata, en la cual nuestro héroe acomete a más de trescientos enemigos y resulta vencedor;

pues Garcilaso allí, su lanza echada en el ristre, así entró de golpe en medio, mató uno y tendió tres, y extrañamente dejó de sí heridos más de veinte.

(Carlo Famoso, por D. Luis de Zapata).

Desde su mocedad hasta la prematura muerte, su vida es un continuado poema heroico: cae mortalmente herido por una piedra lanzada desde las almenas de la fortaleza de Muey, que casi solo pretendía tomar; y fallece días después, a los 33 años, en el palacio de los duques de Saboya, en Niza, en brazos de Francisco de Borja, el Santo, el

14 de octubre de 1536, según las más ciertas investigaciones.

El cortesano y guerrero de la vida pública es bien distinto al Garcilaso íntimo, que es el Garcilaso poeta. En auto-retrato espiritual se pinta así:

Estoy continuo en lágrimas bañado
rompiendo el aire siempre con sospiros
y más me duele nunca osar deciros
que he llegado por vos a tal estado,

que viéndome do estoy y lo que he andado
por el camino estrecho de seguiros,
si me quiero tornar para huiros,
desmayo viendo atrás lo que he dejado;

si a subir pruebo, en la difícil cumbre,
a cada paso espántame en la vía
ejemplos tristes de los que han caído,

y, sobre todo, fáltame la lumbre
de la esperanza, con que andar solía
por la escura reglón de vuestro olvido.

Leído el soneto, se observará la contradicción, no obstante más aparente que real, entre el soldado y el hombre íntimo, al par que la conjunción entre este hombre íntimo y el poeta. La contradicción se centúa, por otro aspecto, si comparamos sus oficios de soldado y poeta pastoril; que fué un género tan anacrónico y falso como la égloga—mascarada de la vida en la que, por artificio imitativo de los primeros clásicos, los gañanes se tornan sátiros y las mozas campesinas en ninfas—, el más usado por nuestro poeta hasta infundirle un desconocido aliento de espontaneidad y ternura.

¡Y cómo vale, en la árida poesía castellana, un poco de ternura! Algún crítico señaló que en todo el teatro clásico español no aparece un niño, siendo la infancia la personificación de la ternura; y ciertamente que en la espléndida selva castellana apenas si se doran de ternura las espigas de Garcilaso y Bécquer. Por ese sólo don de la ternura, yo exalté a nuestro poeta venezolano José Antonio Maitín, quien supo en ratos siempre y efusivamente, sin adulterarla con el campaneo, la refulgencia o la sensiblería.

En églogas, canciones y sonetos difundió su ternura Garcilaso, al través de la perfecta unidad melódica de su endecasílabo, verso que fijó definitivamente en la poética castellana, hasta ser, desde entonces, el verso clásico por excelencia en la literatura española, tanto como en la italiana de que es originario. Si sólo nombrar a Garcilaso es ya nombrar, por asociación de ideas debida a su contigua historia, a Juan Boscán, más rápidamente aun se evoca a éste con citar el verso endecasílabo. Pasa Boscán como introductor al castellano del endecasílabo, aunque otros lo hubiesen antes intentado y aunque él lo hubiese jercitado pobremente; y es gloria de Garcilaso haber forjado el molde rítmico cabal de dicho verso, cuya eufónica clave consiste, según sabidas lecciones métricas en ser el único verso castellano mayor de ocho sílabas que suena a nuestros oídos como simple. La deleitosa emoción rusticana que en los versos monorrimos de su menester de clerecía, Berceo expresaba:

Manavan cada canto fuentes claras corrientes,
en verano bien frías, en ynierno calientes,

se resuelve, vaciada al endecasílabo de Gar-

cilaso, en suave armonía de confidencial acento:

En medio del invierno está templada
el agua dulce desta clara fuente,
y en el verano más que nieve helada.

En el endecasílabo, Garcilaso encuentra el instrumento de su más propia expresión, que es clásica por lo perfecta, y como clásica siempre moderna y fresca. En el verso

"hinchén el aire de dulce armonía",

en el cual los acentos equidistantes de las sílabas pares constituye un modelo ideal, Garcilaso es tan moderno como el más moderno poeta. La perennidad juvenil de Garcilaso, brotada de su misma perfección, le hacen clásico, como por clásico ha sido siempre tenido; si bien que, por su temperamento, en el que se superponen el sentimiento y la imaginación a otras facultades espirituales, pudiera considerarse como romántico.

Volvamos a la ternura del poeta. Ternura de su poesía y de su vida. Que también en tiernos sentimientos de amor y amistad fué generoso. Amor para Galatea, Elisa, Camila y todas las mujeres de sus cantos, que son todas una como son todos uno aquellos pastores que interpretan el sentimiento amoroso del poeta: Nemoroso, Salicio, Albanio. Pero cantó sobretodo, con sonos insuperados, el amor no correspondido de la dama que a otro se unió en matrimonio, aquella Isabel de Freyre, según citan sus biógrafos, "más dura que mármol a sus quejas— más helada que nieve". Amigo, con un concepto y sentido de la amistad como en tiempos que fueron, su amistad con Boscán se relata con nobles relieves de fraternidad: a los coloquios de ambos amigos deben las letras castellanas el primor del endecasílabo del siglo de oro y la magnífica traducción de "El Cortesano", manual del perfecto cortesano y de la perfecta dama, de Baltasar Castiglione o Castellón, hecha por Boscán a instancias de Garcilaso. Sin contar las poesías que debemos a otras amistosas influencias como la que relata el viaje de destierro a Alemania con el Duque de Alba y la dedicada al marqués de Villafranca, otros dos excelentes amigos del poeta.

Bello y Garcilaso

No pudo tener América Renacimiento, en una acepción estricta, porque su propio descubrimiento es uno de los mitos que en el tiempo marcan el advenimiento de aquel magno suceso espiritual. Pero, en un lato sentido, ni aún ahora, a larga distancia histórica, ha trazado América su línea paralela al Renacimiento, a menos que se tome imperfectamente por tal, en letras, al modernismo de Darío y los suyos, mixción de los elementos de la entonces presente cultura europea — francesa, principalmente— y los resabios de aquende.

Cuando, en la colonia, nos improvisamos a la vida intelectual, no acertamos con el nativo hondón indio; ni con el universal legado griego y romano; ni aún con la más vecina herencia española del mejor siglo, disfrutada merced a la superior síntesis, en el crisol renacentista, de la antigua cultura clásica y la medioeval; porque, en el inicio de nuestra cultura, nos deslumbró para engañarnos— como a los hermanos indígenas, las baratijas— el pseudoclasicismo peninsular de la época, con sus Arias y otros. En semejante caos de incapacidad para aquilatar lo

Solía llegar...

Solía llegar con las palabras cordiales del amigo, precisamente cuando hacían falta.

Solía llegar en busca del libro nuevo. Recuerdo que el último que se llevó fué la Historia social de Chile, por Amunátegui.

Entendió bien el finado profesor Elías Leiva los menesteres de la amistad y los del estudio. Por eso se enaltecó.

Por eso, también, sintió de veras la patria como solidaridad y como estado de cultura.

Bien ganados se tiene, pues, los homenajes que le hagan.

g. m.

Costa Rica. Novbre. del 36.

que debíamos asimilar para nuestra misma disciplina, sólo Bello ejerce de poder creador y ordenador, más, por desgracia, no tuvo su voz bastante imperio para ser acatada, perdiéndose su ejemplo: hizo la luz en nuestro génesis y no se transitaron sus claros senderos. De ahí que sin previa educación clásica, cuando más tarde prorrumpió el Romanticismo, tenía de antemano conseguida la libertad que iba a reclamar, conquistando solamente el libertinaje. ¡Infortunios de nuestra historia literaria!

Todo ello para señalar que Garcilaso, arquetipo renacentista, esto es, clásico, por el equilibrio entre su idea y verbo, entre su pensamiento o imagen, no había de ser gustoso al barroco gusto de los primeros compositores venezolanos de principios del pasado siglo: ellos comenzaron por versificar en mal gongorino— como el Licenciado Escobar, cantor de nuestra Caracas—, fascinándoles más el vistoso y refinado culteranismo decadente que la expresión armoniosa, natural y pristina del poeta cantador del "dulce lamentar de dos pastores".

Andrés Bello, clásico americano por excelencia, se hermana con Garcilaso en el cultivo de la égloga, que ambos aprendieron de Virgilio, y más directamente Bello que Gar-

cilaso, pues éste gustó a veces del poeta latino a través de otros poetas. Sólo que Bello, al imitar en castellano la égloga segunda de Virgilio, trasmuta los amores de Coridón y Alexi en los de Tirsis y Clori, demostrando así, sin ser monje, una más ortodoxa ética que la de Fray Luis de León.

No los une únicamente el cultivo del género pastoril y la filiación al maestro de Mantua. Que también soplan brisas de Garcilaso por los predios líricos de Bello. Frescas brisas que logran disipar la sequedad de una corrección extrema.

Tanto en España como en Venezuela han retornado los nuevos artistas literarios a estos clásicos ejemplares, Garcilaso, dilectísimo de Manuel Altolaguirre y Pedro Salinas, ha recibido del primero el homenaje de una biografía viva y henchida de devoción; y del segundo, la confesión de su admiración en el título y espíritu de uno de sus poemarios, en el cual el poeta intelectual que es Salinas mueve "la voz a ti debida" en pleiteía a la Poesía eterna, como otrora hubo de mover Garcilaso su voz "con la lengua muerta y fría en la boca", ante la "ilustre y hermosísima María". En Venezuela, constantemente se acerca a Bello lo mejor de nuestros escritores y poetas: desde Luis Correa, Fernando Paz Castillo y Augusto Mijares hasta Rafael Caldera, el más joven y reciente de los comentaristas de la vida y obra de Bello.

¡Juntos en la eternidad y en la gloria, bajo la sombra augusta de Virgilio, permanezcan también juntos en nuestra admiración los nombres de Garcilaso y Bello!

La acción del Papa en la guerra contra España

El prestigioso periódico inglés *The New Statesman and Nation*, de profunda tradición conservadora, comenta la actitud del Papa en la guerra contra España:

La acción del Papa bendiciendo a los rebeldes españoles, suscita una serie de cuestiones interesantes. Los adversarios de la emancipación de los católicos en este país se apoyaron siempre en la pretensión del Papa de tener derecho a liberar a los súbditos de sus obligaciones respecto de la autoridad civil. Los hechos parecen darles ahora la razón. En segundo lugar, ¿cuál puede ser la actitud de los buenos católicos ante una bendición a los moros—mahometanos— cuando asesinan a los católicos vascos? En tercer lugar, ¿alcanzará esta bendición a los soldados que—según describía el corresponsal del *Times*—asesinaron a milicianos en la gradas del altar mayor de la catedral de Badajoz? Hay que retroceder mucho en la historia— hasta los días del cisma y de los Papas más desacreditados— para encontrar un Vicario de Cristo aprobando una guerra sangrienta, llevada a cabo por infieles contra cristianos. Compartimos totalmente el horror de los católicos ante la quema de iglesias e imágenes; pero quienes conozcan algo de la historia de España no pueden esperar del Papa más que una llamada a la contrición, ya que la Iglesia, que ha dominado este país durante tantos siglos, ha mantenido a sus hijos en una ignorancia y superstición tan brutales, que cuando encuentran una oportunidad para liberarse, se lanzan instintivamente al incendio vengador. Hace unos días un orador inglés fué interrogado respecto a la guerra de España:

—¡Buena—respondió— la Iglesia había quemado ya a bastantes incendiarios! No hay que asustarse demasiado ante una vuelta a la tortilla! La respuesta es fuerte; pero es lástima que los católicos ingleses se olviden de los antecedentes históricos de la situación española.

(De *El Sol*, Madrid).

Cansancio mental Neurastenia Surmenage Fatiga general

son las dolencias
que se curan
rápidamente con

KINOCOLA

el medicamento del cual
dice el distinguido Doctor
Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a
tratamientos dirigidos se-
vera y científicamente"

Salidas de Erasmo

= En el *Elogio de la Estulticia*. Traducción de Julio Puyol. Madrid, 1917 =

(y 3.—Véanse las dos entregas antepasadas.)

Habla la Estulticia:

Los Cardenales. — Del mismo modo, si los Cardenales tuvieran presente que son los sucesores de los Apóstoles, se exigirían a sí mismos la propia conducta que aquellos observaron, y, por tanto, no habrían de reputarse dueños, sino meros administradores del patrimonio espiritual, de cuya gestión están ya todos ellos muy próximos a rendir cuentas.

Con sólo que se fijasen un poco en sus ornamentos y reflexionasen en la significación de su albo vestido, ¿no verían que indica la mayor y más perfecta pureza de costumbres?; ¿no verían que la púrpura es emblema del ferviente amor a Dios? Y cuando contemplan aquel ropaje exterior, flotante y amplísimo, bajo el cual desaparece la mula de Su Eminencia (y aun bastaría para cubrir a un camello), ¿no comprenderán que simboliza la infinita caridad cristiana de que han de hallarse dotados para auxiliar a todos, dirigiéndolos, exhortándolos, consolándolos, corrigiéndolos, amonestándolos, dirimiendo las discordias, protegiendo al débil contra los excesos del poderoso, y dando, en fin, espontáneamente, no sólo sus riquezas, sino también su sangre en obsequio de la grey cristiana? Aunque, si bien se mira, ¿por qué razón han de tener riquezas los sucesores de los pobres Apóstoles?

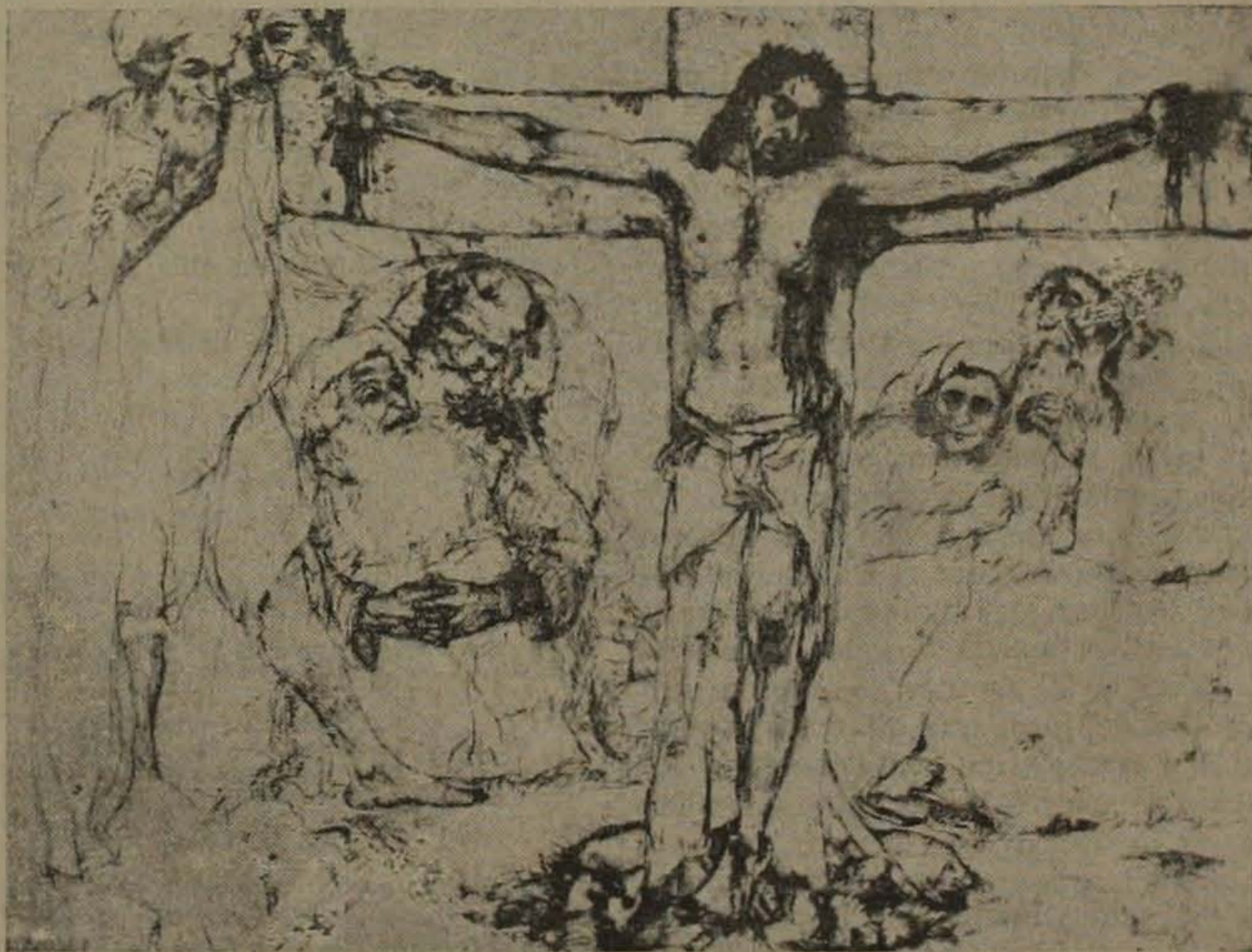
Repito que si meditasen en todo esto, no sentirían la ambición, o, si la sintieran, renunciarían a ella de buena voluntad, con lo cual su vida sería más laboriosa y más diligente, como lo fué la de los discípulos de Jesús.

Los Papas. — Si los Sumos Pontífices, que en la tierra representan a Cristo, procurasen imitarle en la pobreza, en los trabajos, en la doctrina, en los sufrimientos y en el desprecio de la vida; si pensasen en que el nombre de papa quiere decir padre, y y reparasen en el título de santísimo que ostentan, ¿quién viviría más acongojado? ¿Quién pondría todo su empeño en alcanzar la tiara a tanta costa, ni quién, después de alcanzada, querría conservarla, hasta por medio del acero, del veneno, y de todo género de violencias? ¿De cuántas dulzuras habrían de privarse si alguna vez pasara por ellos el soplo de la sabiduría! ¿De la sabiduría, dije? Bastaría una partícula de ella, aunque fuese del tamaño de aquel grano de sal de que habla el Evangelio, para que vieran qué poco les aprovechaban tantos bienes, tantos honores, tantos triunfos, tantos cargos, tanto manejo de tesoros, tantos tributos, tantas indulgencias, tantos caballos, mulas y escoltas, tantas comodidades... (ya comprenderéis el trajín, la faena el cúmulo de riquezas que todo esto supone), porque, en lugar de ello, vendrían las vigillas, los ayunos, las lágrimas, las oraciones, la enseñanza de la palabra divina, el estudio, las ansiedades y otras mil suertes de graves pesadumbres. Preciso es, sin embargo, no olvidar que con semejante cambio se condenaría a morir de hambre a los innúmeros escribanos, pendolistas, notarios, promotores, secretarios, muleros, ca-

ballerizos, tesoreros, zurcidores de voluntades (alguno más vergonzoso agregaría, si no temiese ofender vuestros oídos), y, en suma, a toda la ingente patulea que es tan onerosa (me equivoqué, quise decir honrosa), para la Sede Romana, lo que, ciertamente, fuera cruel y abominable, aunque todavía lo sería mucho más restituir al cayado y al zurrón a los príncipes supremos de la Iglesia, verdaderos lumináres del mundo.

Así es que hoy día todo aquello que implica algún trabajo se lo encomiendan a San Pedro y a San Pablo, que tienen sobrado tiempo para estas cosas; pero todo cuanto sea esplendor y regalo, recábanlo para sí, lo que, sin disputa, es obra mía; y por eso, difícilmente se encontraría quien viva con más placidez y con menos cuida-

aquellas otras, de admirable benignidad, como hay viñas, que se llaman interdicciones, suspensiones, agravaciones, redagravaciones, anatemas, conminación con las venganzas y castigos eternos, y, especialmente, el rayo de la excomunión, cuyo solo centelleo basta para lanzar las almas más allá del tártaro, arma que los santísimos padres en Cristo y vicarios suyos contra nadie esgrimen con tanto encono como contra aquellos que, tentados del diablo, osan disminuir o intentar menoscabar el patrimonio de San Pedro, pues aunque éste haya dicho, según el Evangelio, *Relinquimus omnia, et sequuti sumus te*, hoy se entiende que su patrimonio son las tierras, las ciudades, los tributos, los puertos y el señorío, por los cuales, los sucesores del apóstol, inflamados



Fariseos

Grabado de Lorenzo Gigli

dos, pues están convencidos de que Cristo se halla muy satisfecho de su conducta viéndoles cómo representan el papel de pastores; cómo se visten con sus ornamentos sagrados y casi teatrales; cómo ejecutan sus ceremonias; cómo reciben los tratamientos de **Beatíficos, Reverendos y Santos**, y cómo reparten bendiciones y maldiciones. Ellos consideran que hacer milagros, es arcaico e impropio de estos tiempos; que enseñar al pueblo, es penoso; que interpretar y explicar las Sagradas Escrituras, es cosa de escolares; que rezar, es de gente desocupada; que llorar, es de apocados y de mujeres; que trabajar, es de plebeyos; que someterse, es vergonzoso e indigno de quienes alguna vez conceden a los reyes, aun siendo de los más poderosos, la merced de consentirles besar sus santos pies; que morir, es poco apetecible, y que ser sacrificado, es infamante. Sus únicas armas son las dulces bendiciones; de que nos habla San Pablo, y

en el amor del Divino Maestro, combaten con el fuego y con el hierro, no sin gran sacrificio de la sangre de los cristianos, pero persuadidos de que defienden apostólicamente a la Iglesia, esposa de Jesucristo, cuando exterminan sin piedad a los enemigos de ella; ¡cómo si hubiese enemigos más encarnizados de la Iglesia que esos impíos pontífices, que con su silencio contribuyen a borrar la memoria de Cristo, sin perjuicio de invocarlo para sus granjerías, de interpretarlo a su capricho y de inmolarlo con sus costumbres perniciosas! Mas como dicen que la Iglesia cristiana fué fundada con sangre, consolidada con sangre y aumentada con sangre, creen ser sus defensores, levándolo todo a sangre y fuego, cual si pudiera faltarle en ningún momento la protección de Cristo, que siempre veló por los suyos.

Por eso, aunque la guerra sea tan cruel que, más bien que de los hombres, es cosa

de las fieras; tan insentada, que los poetas la pintan como un engendro de las Furias; tan funesta, que pervierte e impurifica las costumbres públicas; tan injusta, que los mayores criminales son los que la hacen mejor, y tan impia, que no tiene la menor relación con la doctrina de Cristo, los pontífices, sin embargo, olvidándose de esto, practican precisamente todo lo contrario, y de aquí que se ven ancianos decrepitos, animados de un verdadero vigor juvenil, a quienes no les arredran los gastos, ni les fatigan las penalidades, ni les acobarda perturbar a su antojo las leyes, la religión, la paz todos los órdenes humanos, y a los que no les faltan aduladores sabihondos que, a tan manifiesta insensatez, le den los nombres de celo, de piedad y de fortaleza, sosteniendo que herir y arrancar con el hierro homicida las entrañas de sus hermanos es procedimiento laudable que deja incólume aquella excelsa caridad que, según el precepto evangélico, debe al prójimo todo cristiano.

En una cosa parecen los sacerdotes a los laicos, que es en la exquisita solicitud con que cuidan de la hacienda y en el conocimiento de los derechos que en tal respecto les asisten; pero, si se trata de alguna carga enojosa, déjanla caer prudentemente sobre hombros ajenos, y unos a otros se la van echando como pelota. Porque del propio modo que los reyes delegan los asuntos de la administración del Estado en sus burgatamientos, y éstos en sus sustitutos, así los sacerdotes, por pura humildad, es claro, encomiendan al pueblo las atenciones de la devoción; pero el pueblo encomiéndalas, a su vez, a los otros clérigos, como si él no tuviera la mejor relación con la Iglesia y fuesen papel mojado las promesas hechas en el bautismo; los clérigos que a sí mismos se llaman *seculares*, cual si estuvieran iniciados en las cosas del mundo y no en las de Cristo,edian el mochuelo a los regulares; los regulares, a los monjes; los monjes anchos de manga, a los que hilan más delgado; unos y otros, a los mendicantes, y los mendicantes, a los cartujos, que tienen fama de ser los únicos que guardan la devoción, aunque la guarden tan cuidadosamente que sea punto menos que imposible topar con ella. De la misma suerte, los pontífices, diligentísimos en la recaudación del dinero, dejan a los obispos todos los menesteres que consideran demasiado apostólicos; los obispos los dejan a los párrocos; los párrocos, a los vicarios; los vicarios, a los frailes mendicantes y éstos, por último, los ponen en manos de quienes entienden el oficio de trasquilarse a las ovejas.

Gusta la Fortuna de los hombres de poca cordura, y gusta, asimismo, de los que poseen mayor audacia, o sea de los devotos del *jaeta est alea*; porque debo advertir que la sabiduría hace a las personas extremadamente tímidas, y por eso habréis observado que la generalidad de los sabios están pobres, héticos y hambrientos y viven oscuros, olvidados y sin gloria, en tanto que los estultos son seres a quienes les llueve el dinero, tienen en su mano el timón del Estado y triunfan en todas partes adonde vayan. Si algún sabio sintiese el deseo de captarse la confianza del soberano,

Principibus placuisse viris,

y de lograr un puesto al lado de es-

OCTAVIO JIMENEZ A.

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA:

50 varas al Oeste de la Tesorería
de la Junta de Caridad.

TELEFONO 4184 APARTADO 338

tos áureos y opulentos dioses, ¿qué le sería más inútil que el saber, o, mejor dicho, que le perjudicaría más en el concepto de tales gentes? Si tratase de adquirir riquezas, ¿cómo había de obtener lucro ninguno, si, consecuente con los preceptos de la sabiduría, le repugnase faltar a su palabra, sintiera sonrojo al ser cogido en mentira o experimentase angustia o el menor escrúpulo ante el hurto o ante la usura? Por la misma razón, aquel que ambicione las riquezas y los hombres eclesiásticos los alcanzará mucho más pronto si procede como un asno o como un buey que si procede como un sabio; y si quiere darse al deleite, no debe olvidar que las mozas, que en tal comedia representan el principal papel, sienten decidida predilección por los estultos, y que a los sabios, no solamente no les aguantan a su lado, sino que los aborrecen y huyen de ellos como del escorpión.

De todo lo cual se deduce que el que as-

*Palabras de Romain-Rolland
y de Vaillant-Couturier*

Salvar la paz es ante todo ayudar a España

El conocido publicista Jean Piot, en un artículo publicado en L'Œuvre, de París, el 11 del pasado recoge algunas interesantes opiniones en relación con la actitud neutral, precipitadamente adoptada por Francia, respecto a nuestra guerra civil

Entre ellas merecen destacarse en primer término unas agudas y nobles palabras del gran escritor francés Romain Rolland, explicando que hay diversas clases de paz. "La paz—dice—puede ser, ante todo, el silencio miedoso que hacen reinar los tiranos sobre los pueblos oprimidos, o bien el orden laborioso que los pueblos libres se dieron y conquistaron por sí mismos. Puede ser también la paz astuta y acechante que otorga a los Estados imperialistas la victoria por las armas en la hora escogida por ellos. O bien la paz fuerte y vigilante que opone su dique a las oleadas de la guerra en germen. Hay, por último, la paz que se limita a repetir esta palabra: "Paz"; pero que no ve ni quiere ver la guerra amenazante, limitándose a excluirla del campo de su visión y creyendo que la paz puede mantenerse mientras se ciernen las amenazas sobre el resto del universo.

Por su parte, el líder comunista francés Vaillant-Couturier, manteniendo su tradicional criterio pacifista, no ha vacilado en manifestarse también muy explícito al declarar taxativamente: "El honor del proletariado francés está empeñado en salvar la paz. Ahora bien: mantener la paz es, ante todo, salvar y ayudar a España. Y esto lo digo sin abandonar un ápice mi criterio profundo de ex-combatiente que odia la guerra desde el fondo de todas sus cicatrices, y al mismo tiempo aseguro que millones de franceses piensan lo mismo que yo".

(De El Sol, Madrid).

pire a vivir medianamente divertido, lo primero que debe hacer es poner a los sabios a honesta distancia y preferir el trato de cualquier animal antes que el suyo. En suma: adonde quiera que volváis los ojos, veréis que los pontífices, los reyes, los jueces, los magistrados, los amigos, los enemigos, los grandes, los pequeños, todos, en fin, se desviven por el dinero, que como es despreciado por los sabios, nada tiene de extraño que se aparte de ellos constantemente.

... Vuelvo, pues, a San Pablo.

El cual, hablando de sí mismo, dijo en un pasaje que se acogiese a los ignorantes con buena voluntad: *Libenter fertis insipientes*; en otro, que se le recibiese a él como a ignorante, y que no hablaba como aquel a quien Dios inspira, sino como el que está sumido en la ignorancia: *Velut insipientem accipite me, et non loquor secundum Deum, sed quasi in insipientia*, y en otro, en fin, que somos estultos por gracia de Jesucristo: *Nos stulti propter Christum*. Ya veis cuán fervientes elogios le merece la estulticia a este autor egregio, que, para remachar el clavo, la recomendó francamente como la cosa que le es más necesaria al que quiera llegar a puerto de salvación: "El que de vosotros — dice — se crea sabio, proceda como estulto, y así será sabio"; *Qui videtur esse sapiens inter vos, stultus fiat, ut sit sapiens.*

Refiere San Lucas que Jesús llamó estultos a dos discípulos que encontró en su camino; pero, en mi opinión, nada es más extraordinario que ver cómo San Pablo, aun al mismo Dios le atribuye cierto género de estulticia, al decir que cuando es estulto, es más sabio que los hombres: *Quod stultum est Dei sapientius est hominibus*, si bien Rigenes, interpretando este lugar, arguye que tal estulticia no puede, en modo alguno, tener la menor analogía con el concepto de la estulticia humana, y que pertenece a la misma clase que aquella otra de que se habla en el texto: *Verbum crucis pereuntibus quidem stultitiam*, "la palabra de la Cruz es ciertamente estulta para los que se condenan".

Mas, ¿por qué he de cansarme en seguir alegando testimonios en apoyo de mi tesis, cuando en los sagrados Salmos leemos que Cristo dijo bien claro a su Padre: "Tú conoces mi ignorancia", *Tu scis insipientiam meam*? No es, en verdad, extraño que el Señor sintiese tanta predilección por los estultos, y me imagino que tuvo por ello la propia razón que les asiste a los grandes reyes para que les sean sospechosos y aborrecibles los hombres demasiado sensatos, como le sucedió a Julio César con Bruto y Casio (en tanto que de aquel borrachín de Marco Antonio nada recelaba), a Nerón con Séneca, y a Dionisio con Platón. En cambio, agradables sobremanera los espíritus rudos y simples, y por eso, y de igual modo, Cristo detestó y condenó a los sabihondos y a su cavareada sabiduría, como lo acredita San Pablo cuando, sin andar con rodeos, dice que Dios esconde aquello que al mundo le parece estulto: *Quae stulta sunt mundi, elegit Deus*, y cuando dice también que a Dios le plugo salvar al mundo por la estulticia ya que por la sabiduría no podía ser salvado: *Deo visum esse, ut per stultitiam servaret mundum quandoquidem per sapientiam restitui non poterat* idea que Dios expresa con mayor puntualidad aun cuando exclama por boca del Profeta: "¡Yo destruiré la sabiduría de los

sabios y condenaré la ciencia de los doctos!" *Perdan sapientiam sapientium et prudentium reprobabo*, o cuando otra vez da las gracias porque habiéndose velado a los salios el misterio de la salvación, se haya descubierto a los niños y a los ignorantes. Bueno será observar que en griego la palabra *párvulo*, significa lo contrario de la palabra *sabio*, y esto nos explica que en el Evangelio se ataque repetidamente a los fariseos, a los escribas y a los doctores de la Ley, mientras que a los inocuos se los defiende a capa y espada. ¿Qué otra cosa quiere decir el apóstrofe: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos!" *¡Voe vobis, scribae et pharisei!*, sino, ¡Ay de vosotros, sabios! En cambio, vemos que el Señor recibe gran júbilo de los niños, de las mujeres, de los pescadores y que entre los animales da la preferencia a los que más se apartan de la condición astuta de la zorra. Por eso quiso cabalgar en una pollita. Aquel que, con sólo su voluntad, hubiera podido oprimir sin temor alguno el lomo de un león; por eso, el Espíritu Santo bajó en figura de paloma, y no en figura de águila o de milano; por eso, los ciervos, los corzos y corderos, son mencionados por doquier en la Sagrada Escritura, y, por eso, Jesucristo, llama sus ovejas a aquellos a quienes ha prometido la vida eterna, pues ciertamente que no hay ningún otro animal de mayor simplicidad, como lo demuestra el que, según Aristóteles, la frase "hombre de condición de borrego", con la que se designa al que parece tener la estolidez de estas bestezuelas, suele tomarse como un ultraje que equivale a llamarle estúpido o imbécil. Y, sin embargo, estos son los que forman el rebaño de que Cristo se dice pastor. Cristo, sí, a quien también le era grato el nombre de cordero, puesto que San Juan te anunció con las palabras *Ecce Agnus Dei*, que aparecen después en muchos lugares del Apocalipsis.

Cuanto llevo dicho proclama que todos los mortales, aun los piadosos, son estultos, y que el mismo Cristo vino en apoyo de la estulticia de los hombres, ya que, siendo fuente de la sabiduría, quiso, sin embargo, mostrarse en cierto modo como estulto cuando, tomando naturaleza humana, se revistió de carne mortal, de la propia suerte que quiso también ser pecador para redimir el pecado; pero no se valió de otros medios de redención que de la simplicidad de la cruz y de apóstoles ignorantes y rústicos, a quienes con gran insistencia les prescribió la estulticia y les ordenó que desterrasen de sí la sabiduría, presentándoles como ejemplos a los niños, a los lirios, al grano de mostaza y a los pajarillos, seres y cosas de sencillez, que carecen de sentido y que viven solamente con la protección de la Naturaleza sin necesidad de artificios y de cuidados, amonestándoles, además, a que no se preocupasen de las palabras que hubiesen de decir cuando les llevaran a las sinagogas o a la presencia de los magistrados y potestades, y vedándoles, en fin, reparar ni en el tiempo ni en la ocasión, para darles a entender que no fiasen nada a los propios alcances y que pusieran en El toda su esperanza. Tal es también el motivo que Dios, creador del mundo, tuvo para prohibir que se gustase del árbol de la ciencia, cual si ésta fuese algo así como un tósigo de la felicidad, y de que San Pablo, la condenase abiertamente por ser vana y causa de

perdición, idea que fué, a mi juicio, la misma que inspiró a San Bernardo cuando a aquella montaña adonde fué a sentarse Satanás la llamó *montaña de la ciencia*.

Quizá no sea liviano argumento en pro de la estulticia el favor que logra entre los poderosos, los cuales no conceden su indulgencia más que a los que yerran por falta de luces, gracia que a los sabios no dispensan jamás; y de aquí que todo el que pide perdón por una falta, aunque la haya cometido conscientemente, busque en la estulticia excusa y patrocinio. Así, Aarón, según vemos en el *Libro de los Números*, si mal no recuerdo, suplica perdón para su hermana al decir a Moisés: "Te ruego, Señor, que no nos tomes en cuenta este pecado, porque obramos como ignorantes": *Obsecro, domine mi ne imponas nobis hoc peccatum, quod stulte commisimus*; Saúl pide misericordia a David fundándose en que había obrado estultamente: *Apparet enim quod stulte egerim*, y el mismo David impetra la benevolencia de Dios rogándole que no le haga culpable de su maldad porque había procedido como estulto: *Sed precor, Domine, ut transferas iniquitatem servi tui, quia stulte egimus*; es decir, que parece que no es posible implorar el perdón, sin que se invoque para ello la estulticia y la ignorancia. Pero el más vigoroso argumento de mi aserto es que cuando Cristo en la cruz pidió por sus enemigos, exclamando: "Padre, perdónales", no alegó en su favor otra disculpa sino su ignorancia, al añadir: "porque no saben lo que hacen". Del propio modo, San Pablo escribe a Timoteo haber alcanzado la divina misericordia porque su incredulidad fué el efecto de su ignorancia: *Sed ideo misericordiam Dei consecutus sum, quia ignorans feci in incredulitate*, ¿qué significa la frase "obré como ignorante", (*ignorans feci*), más que fué incrédulo por estulticia y no por maldad? ¿Y qué otra cosa quiere decir con las palabras "por esta razón he conseguido la misericordia, (*ideo misericordiam consecutus sum*), sino que no la hubiera alcanzado sin buscar su defensa en la estulticia? El salmista, (de quien no me acordé en lugar oportuno) viene también en mi abono cuando suplica al Señor que olvide los pecados de su juventud y de sus extravíos: *Delicta juventutis meae et ignorantias meas ne memineris*. ¡Ya véis qué par de excusas!; la temprana edad, de la que yo soy, por lo general, constante compañera, y los extravíos, cuyo número infinito nos revela la fuerza incontrastable de la estulticia.

Guillermo Valencia ataca el proyecto de Ley de Tierras

= De *El Tiempo*. Bogotá, 10-X-36 =

El periódico *Claridad* publica hoy un editorial del maestro Valencia, en el que, al comentar, el proyecto de ley de régimen de tierras, dice:

En pueblos fuertemente sacudidos por las invasiones y guerras interiores, la adquisición de la tierra iba tras la seguridad, como una previsora manera de ahorros, y así lo fué para los colombianos, lo mismo en la colonia que durante la república.

Esta nueva desamortización de última hora será tan desastrosa para la economía nacional como para la de los bienes eclesiásticos, y tan fructuosa como ella para los mimados del poder público, como ha ocurrido en México.

Así se produce la extraña antinomia, de que un

principio político, de cariz humanitario, se torne en realizaciones de despojos para unos, y de privilegio para otros. La libertad resuelve estos problemas mejor que los gobiernos. La realidad de Caldas, el milagro del Quindío, del valle de la Vieja, del Risaralda, de nuestra cordillera central, han sido el fruto del derecho de propiedad inviolable, conyugado con la pujante iniciativa de los fundadores. El gobierno interventor sirvió casi siempre de estorbo. En lo veindero actuará como rector de un gran desastre y como abanderado de enormes injusticias.

Más franco hubiera sido consignar en la legislación el principio soviético, que no alimenta esperanzas ni hace esguince al derecho individual, ni destroza el régimen jurídico, y decir simplemente: Con el fin de realizar la socialización de las tierras, es abolida la propiedad privada del suelo, y todas las tierras se consideran como pertenecientes a la nación entera, y se transmiten a los trabajadores, sin ningún pago, basándose en el principio de la igualdad de posesión. Constitución soviética, título segundo.

Valencia y la Ley de Tierras

= De *El Tiempo*. Bogotá, 14-X-36 =

Nada tan lógico ni quizá tan necesario, como la oposición de Guillermo Valencia, a la ley de tierras que comenzó a discutir anoche el senado. La ofensiva del Maestro prueba que la ley es buena, o sea que llena los fines a que está destinada, y que la personalidad del eximio poeta, orgullo del país, y ornato de América, es recia, inalterable y sigue gozando de las excelencias y singularidades que se le atribuyen justamente. La ley, hemos sostenido sus amigos, es moderada y moderadora, nada tiene de confiscatoria ni de demagógica. Traerá luz y normas precisas al caos en donde se mueve ahora todo lo relativo a la propiedad, y facilitará, contra lo que suele sugerirse, la defensa de los derechos del propietario, a tiempo que hará visible la adquisición de la tierra por un gran número de colombianos que no tienen otra moneda para pagarla, que el esfuerzo de sus brazos. Por otra parte, es innegable que solamente la pequeña propiedad, adecuadamente protegida y estimulada por el Estado y por las cooperativas, le arrancará al suelo la plenitud de su producción, y que Colombia necesita de que ella crezca muy apreciablemente.

Pero también hemos dicho que la ley clausura la época feudal, e inicia con valerosa oportunidad la democratización de la tierra, es decir, el dar igualdad de oportunidades para entrar en su posesión. Y ahí es en donde hallamos inevitable y lógica la actitud negativa del Maestro Valencia, el último señor que nos queda.

No somos intolerantes, sino todo lo contrario. Respetamos con sinceridad todas las posiciones intelectuales y los mandatos de todas las conciencias, y les damos un gran precio a todos los valores mentales, valores que tienen sus fueros, máxime cuando llegan a la cumbre donde está situada la inteligencia prócer del ilustre Valencia. Se trata de un cerebro privilegiado, de una vastísima y sólida ilustración, de una información universal, y de una especie de intuición prodigiosa que deslumbra y maravilla. Valencia es genial. Grandes distinciones le ha hecho la república, en el curso de su vida. No hay honores que la democracia colombiana no haya intentado conferirle, y si no lo ha conseguido, débese únicamente a la ciega oposición de sus correligionarios. Sin embargo, será siempre lícito decir que Colombia quizá no se haya dado cabal cuenta de la inmensa gloria que sobre su nombre irradia el de Guillermo Valencia.

Pero a él debemos aceptarlo tal como es. Y es un hombre del pasado, fiel a su culto, y que ha glorificado las ideas añejas con una pompa verbal incomparable. En su prosa musical y magnífica, en su verso de una tersura y de una diafanidad perfectas, verso de una originalidad indiscutible, ha cantado la tradición y ha librado batallas en su defensa contra adversarios que fueron dignos de él. Valencia es la tradición. Quienes sostienen sus mismas ideas, suelen ser arribistas de poca monta, que usan los sistemas ultramodernos, en cuanto ellos tienen de ligeros e inescrupulosos. Valencia, no. El es un paladín a la antigua, incapaz de claudicación y acechanzas, incapaz también de ceder ante nada que no sea el golpe final del contendor. Valencia, desinteresadamente, había de ser el preconizador del latifundio, no por su aspecto económico, sino por su aspecto nobiliario. Pero el país quiere ya otra cosa.

Armando Solano

La copla al servicio de la Revolución

= De El Mono Azul, Madrid =

Los toreros son monárquicos,
los frailes también lo son,
¿Y los mineros de Asturias?
¡Viva la Revolución!

En Mieres nació mi abuelo,
mi abuela en Pola de Siero,
La capital de mi sangre
se debe llamar Oviedo.

Los moros llegan a Oviedo
—la que siempre estuvo verde—,
matan a los españoles
y violan a sus mujeres.

Camafadas, cómo arde
la ceniza de los muertos.
De los muertos de la cuenca,
que la del Tercio no vale.

En aguas de Covadonga
se bañan los Regulares.
Los señores, en Mallorca,
y los mineros, en sangre.

No cantes ni cante jondo
ni copla de Romancero.
Canta "La Internacional",
que ya cambian los tiempos.

Al vasco y al catalán,
al gallego y al murciano
dadle también un fusil.
El también es asturiano.

En Octubre no hay verbenas,
que no son de la estación.
Octubre quiere decir
¡Viva la Revolución!

Raúl González Tuñón

Gran poeta revolucionario argentino, a quien
saludamos en España el año último.

Radio Sevilla

= De El Mono Azul, Madrid =

¡Atención! Radio Sevilla.
Queipo de Llano es quien ladra,
quien muge, quien gargajea,
quien rebuzna a cuatro patas.
¡Radio Sevilla!—Señores:
aquí un salvador de España.
¡Viva el vino, viva el vómito!
Esta noche tomo Málaga;
el lunes, tomé Jerez;
martes, Montilla y Cazalla;
miércoles, Chinchón, y el jueves,
borracho y por la mañana,
todas las caballerizas
de Madrid, todas las cuadras,
mullendo los cagajones,
me darán su blanda cama.
¡Oh, qué delicia dormir
teniendo por almohada
y al alcance del hocico
dos pesebreras de alfalfa!
¡Qué honor ir al herradero
del roncal! ¡Qué insigne gracia

recibir en mis pezuñas,
clavadas con alcayatas,
las herraduras que Franco
ganó por artojo en Africa!
Ya se me atiranta el lomo,
ya se me empinan las ancas,
ya las orejas me crecen,
ya los dientes se me alargan,
la cincha me viene corta,
las riendas se me desmandan,
galopo, galopo... al paso.
Estaré en Madrid mañana.
Que los colegios se cierran,
que las tabernas se abran,
Nada de Universidades,
de Institutos, nada, nada.
Que el vino corra al encuentro
de un libertador de España.
—¡Atención! Radio Sevilla.
El general de esta plaza,
tonto berrando en idiota,
Queipo de Llano, se calla.

Rafael Alberti

Otra vez con Maritain...

= De El Sol, Montevideo =

Otra vez con Maritain. Hablamos de él porque constituye un tipo mental raro en el catolicismo. Acaba de pronunciar en Buenos Aires una clase sobre «acción católica y acción política» en el Centro de Estudios Religiosos. Sus palabras no deben haber agradado al catolicismo argentino. Maritain no lo sabe, naturalmente, pues es un visitante de días, pero los católicos forman una casta económica privilegiada, conservadora, expoliadora, con intereses en tierras, industrias, comercios, despectiva para el pobre adicto a la política de grupos sin honor y sin responsabilidad... Y bien, a este público Maritain ha venido a desahogar su alma acongojada por la traición de los cristianos al mensaje de Cristo.

«El problema de la miseria—dijo—es una cuestión temporal, pero es también una cuestión de vida eterna». La Iglesia no debería despreocuparse de ella. La miseria aflige a los cuerpos pero también a los espíritus. «Un mínimo de bienestar es necesario para el desarrollo de la vida propiamente humana y de las virtudes. La miseria es un infierno terrestre». «Mientras las sociedades modernas segregan la miseria como producto normal de su funcionamiento, no debe haber reposo para el cristiano ni para su acción». Es un ideal que, desgraciadamente —añade Maritain—los católicos no cumplen. «Se ha comprobado la pavorosa desatención de los católicos a las enseñanzas y a las exhortaciones de León XIII y de sus sucesores». «Pío X llamaba, en una conversación con el abate Cardijn, el gran escándalo del siglo XIX al hecho de que la clase obrera haya ido a buscar el camino lejos del redil de Cristo, al hecho de que los pobres hayan creído que no era su morada ese redil».

Maritain no considera injusta esta disposición de la clase obrera. Al contrario. La justifica por la deslealtad de los católicos. «¿Cómo el mundo no hará responsable al cristianismo y no lo creará enfeudado a un orden de cosas, malas e injustas, a las cuales ve tantos cristianos apegados?». Católicos

GRAN HOTEL METROPOLI

SITUADO EN EL CENTRO DE LA CIUDAD

PRECIOS REDUCIDOS
ALIMENTACION SUCULENTA

San José, Costa Rica

Teléfono Planta alta: 2861

" Cantina: 4220

APARTADO 1193

que quieren la guerra, que tienen orgullos de clase, raza y familia, que mantienen prejuicios sociológicos no fiscalizados, todo esto ha hecho—dice Maritain—que la clase obrera no espere nada de la Iglesia.

Al final Maritain expresa la esperanza de que la catolicidad cambie de disposición espiritual. Aquí disintimos. Hay demasiados intereses creados, demasiados compromisos con el actual orden político y económico que soporta el mundo. La Iglesia nunca inclinará su acción a favor de las necesidades del pueblo humilde. Prefiere la caridad, que la obliga menos y es un mezquino sustituto de la justicia.

En la crítica ha de haber sentimiento personal.

La gente ha señalado las muestras de sentimiento personal en mis notas como si me estu-

viera acusando de un desaguisado, sin saber que una crítica escrita sin sentimiento personal no vale la pena de ser leída. La capacidad de hacer del arte, bueno o malo, un asunto personal es lo que convierte a un hombre en crítico. El artista que explica mi censura alegando malevolencia personal de mi parte está muy en lo cierto: cuando alguien no hace todo lo que podría, y aún hace mal ese esfuerzo mediano, y se complace en su obra, lo odio, aborrezco y detesto, ansio despedazarlo miembro a miembro y sembrar los trozos en la escena o en el entarimado. En la ópera, me asalta con tal fuerza la tentación de ir a buscar una policía y pedirle prestado su máuser con una o dos cargas de municiones, para librar al mundo de un director de orquesta incompetente o de un artista vanidoso y descuidado, que sólo me detiene el miedo de que, como no soy buen tirador, podría herir a otra persona e incurrir en el delito de matar a un cantante meritorio.

De igual manera, los artistas realmente buenos me inspiran la más cálida consideración personal, a la que doy rienda suelta escribiendo mis críticas sin la menor referencia a fantasías tan monstruosas como la justicia, la imparcialidad y demás ideales. Cuando mi actitud crítica llega a su punto más alto, no es sentimiento personal el término, sino pasión: la pasión por la forma artística perfecta—la más noble belleza de sonido, aspecto y ademán—quien se enfurece en mí. Adviertanlo todos los artistas jóvenes y no hagan caso de los idiotas que declaran que la crítica debe estar libre de sentimiento personal. El verdadero crítico, repito, es el hombre a quien una mala interpretación artística basta para transformarlo en enemigo personal, el que sólo se apaciguará con buenas ejecuciones.

De GEORGE BERNARD SHAW: *La música en Londres*. 1890-94.
Tradujo María Rosa Lido, en Buenos Aires, R. A.
Envío de P. H. U.

Bicarbonato de Sosa Erba
para las malas digestiones

Representante: EUGENIO DE BENEDICTIS

El último Duque de Alba

— De El Mono Azul. Madrid —

Señor duque, señor duque,
último duque de Alba,
mejor, duque del Ocaso,
ya sin albor, sin mañana.
Si tu abuelo tomó Flandes,
tú jamás tomaste nada,
sólo las de Villadiego,
por Portugal o por Francia.
Si tu abuelo, cruel, ilustre,
lustró de gloria tu casa,
tú lustraste los zapatos,
las zapatillas, las bragas
de algún totero fascista,
que siempre te toreara.
Si tu abuelo a Carlos V
le abría con una lanza
la bragueta emperadora
antes de entrar en batalla,
tú, en cambio, las manos trémulas,
impotente, abotonabas
los calzoncillos reales
del último rey de España.
Si a tu abuelo, el primer duque,
Ticiano lo retratará,
tú me feciste la pena
de serlo por Zuloaga.

Vuélvete de Londres, deja,
si te atreves a dejarla,
la triste flor ya marchita,
muerta, de tu aristocracia,
y asoma por un momento
los ojos por las ventanas
de tu palacio incautado,
el tuyo, el que tú habitaras;
súbeles las escaleras,
paséalos por las salas,
por los salones bordados
de victoriosas batallas,
bájalos a los jardines,
a las cocheras y cuadras,
páralos en los lugares
más mínimos de tu infancia,
y verás cómo tus ojos
ven lo que jamás pensaran:
palacio más limpio nunca
lo conservó el pueblo en ar-
armas (1).

Las Milicias comunistas
son el orgullo de España.
Verás hasta los canarios,
igual que ayer, en sus jaulas;
los perros mover la cola
a sus nuevos camaradas;
y verás la que contigo
servidumbre se llamaba,
ya abolidas las libreas,
hablar de ti sin nostalgia.
Señor duque, señor duque,
último duque de Alba:
los comunistas sabemos
que la aurora no se para,
que el alba sigue naciendo,
de pie, todas las mañanas.
Si un alba muerta se muere,
otra mejor se levanta.

Duque, perdiste la aurora,
celador **honoris causa**
de El Prado, donde desnuda
la duquesa Cayetana,
tú eras bedel del ombligo
que Goya le destapara.
Talento heredado, duque,
fortuna y gloria heredadas,
son cosas que el mejor día,
de un golpe, las lleva el agua.

Rafael Alberti

Poesías

— Envío del autor. Costa Rica y noviembre del 86 —

El río

El Torres es un río que ronda nuestros valles
y nace en las montañas azules del paisaje,
rodando entre sus piedras él viene por los bosques
de cedros que perfuman las alas de los vientos.

En el invierno baja furioso entre su cauce
como serpiente negra que acosan las tormentas,
y trae sobre sus ondas despojos de los campos:
ahogados troncos viejos y zopilotes muertos.

En cambio en el verano tranquilo y silencioso
recorre las florestas balandé dulcemente,
y bajo el puente viejo le vimos deslizarse
llevándose a la luna flotando sobre el agua.

Contemplación

Acuarela de Picasso

La piel es color de oro en su cuerpo dormido.
Los cabellos le caen suavemente en el cuello
y un brazo levantado, rodeando su cabeza,
modela los dos pechos pequeños y redondos.

(1) Bombas fascistas en estos días lo han destruido.

Este hombre pensativo que vela en su bohardilla
sentado en un banquillo cercano de la mesa,
contempla como suben y bajan los dos pechos
en las respiraciones de la mujer dormida.

El invierno

El invierno es un pastor, sus ojos grises
dispersan la neblina por los campos.
y su canción es una nota, un solo pensamiento
que modula con su flauta tristemente.

Los verdes anuncian la fiesta de las hojas
y asciende el zumo oculto del fondo de la tierra,
de la raíz más honda a la cúspide del árbol
donde percibe la rama el corazón del pájaro.

Su pastoral me invade suavemente el alma:
desde el celeste despertar de las montañas en el alba,

hasta ese gris inmóvil disuelto por las tardes
donde el espíritu se pierde entre la niebla.

La muerte

Hay noches que pensamos en la muerte
con temor y con cariño...
En la muerte que viene a despojarnos
de lo malo y de lo bueno.

En esa muerte que vendrá en silencio
nadie sabe cuándo!
En nuestra muerte que vendrá a llevarnos
nadie sabe dónde!...

Fernando Luján

La vida de un...

(Viene de la página siguiente)

en Toledo, estaban llenas de reos. Se imponía la celebración de un auto de fe. Decidióse que se celebrara en Madrid. Fue señalada la fecha del 30 de junio de 1680. Veinte días antes se comenzó a levantar un suntuoso teatro en la plaza Mayor. Se extendía desde la esquina de la calle de Toledo hasta la calle Nueva. Contenía tribunas, altares, galerías, gradas, jaulas para los reos. El auto había de durar todo el día. No faltaba un restaurante donde almorzar. Resonaba la vasta plaza con el golpear de los martillos y el chirrido de las sierras. Desde su casa, Pablo percibía este estrépito. Sorda irritación sucedió a su serenidad. En Madrid se trabajaba incesantemente en la preparación de la complicadísima ceremonia. Oficinas del Estado, Consejos, Tribunales, Patronatos, Congregaciones, Hermandades, se afanaban en su labor. Todo en la nación se hallaba subordinado al martirio de unos ciudadanos. Las tres amadas mujeres contemplaban con angustia la irritación de Pablo. Se sucedían en la casa los silencios patéticos. No sabía Pa-

blo, al pensar en el auto de fe, qué es lo que le indignaba más, si la estupidez o la crueldad. "A estos hombres — pensaba — se les ha atormentado. Han sido distendidos violentamente, sobre el potro, sus miembros. Se les ha hecho ingerir por fuerza enormes cantidades de agua. Se les ha colgado, las manos atrás y un peso en los pies, de empinadas garruchas. Les han atormentado antes y van ahora a castigarlos a causa de sus creencias. ¿Habrán siempre delitos de opinión?"

Pablo había perdido su habitual serenidad. Cualquier incidente doméstico le exasperaba. Llorosos estaban los ojos de Soledad, Enriqueta y Victoria. Al salir un día de la alcoba del duque de Montano, enfermo, Pablo tuvo en la ante-cámara un violentísimo altercado con unos aristócratas. Dos días después, en la madrugada, le despertó un confuso rumor. Se oyó un grito. Llegaban hasta Pablo gemidos y llantos. Cuando se arrojaba precipitadamente de la cama, sonaron en la puerta recios golpes.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRIPCIÓN MENSUAL: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, \$ 3.50
El año, \$ 6.00 o. am.

Giro bancario sobre
Nueva York.

Los padres de Pablo Tejada vivían en Lerma. Disponían de un holgado pasar. En el verano de 1630 se encontraban en Cardenuela, aldea del término de la ciudad. Nació allí Pablo. Las primeras letras las aprendió en Lerma. Al cumplir el niño ocho años, la familia, para que Pablo continuara sus estudios, se trasladó a Burgos. Fué aventajado Pablo en la lengua latina. Su maestro sentía pasión por Virgilio. Daban, maestro y discípulo, largos paseos por los contornos de la ciudad. Observaban los insectos y las plantas. Con un ejemplar de las "Geórgicas" en la mano, el maestro iba explicando a Pablo las cosas del campo. El carácter de Pablo era reservado y tímido. No le atraía al niño lo abstracto. Su razonar se apoyaba siempre en lo concreto. Del cultivo de la tierra, de los lances de la vida, del trajinar doméstico, partía la imaginación, impetuosa, hacia la región de lo poético.

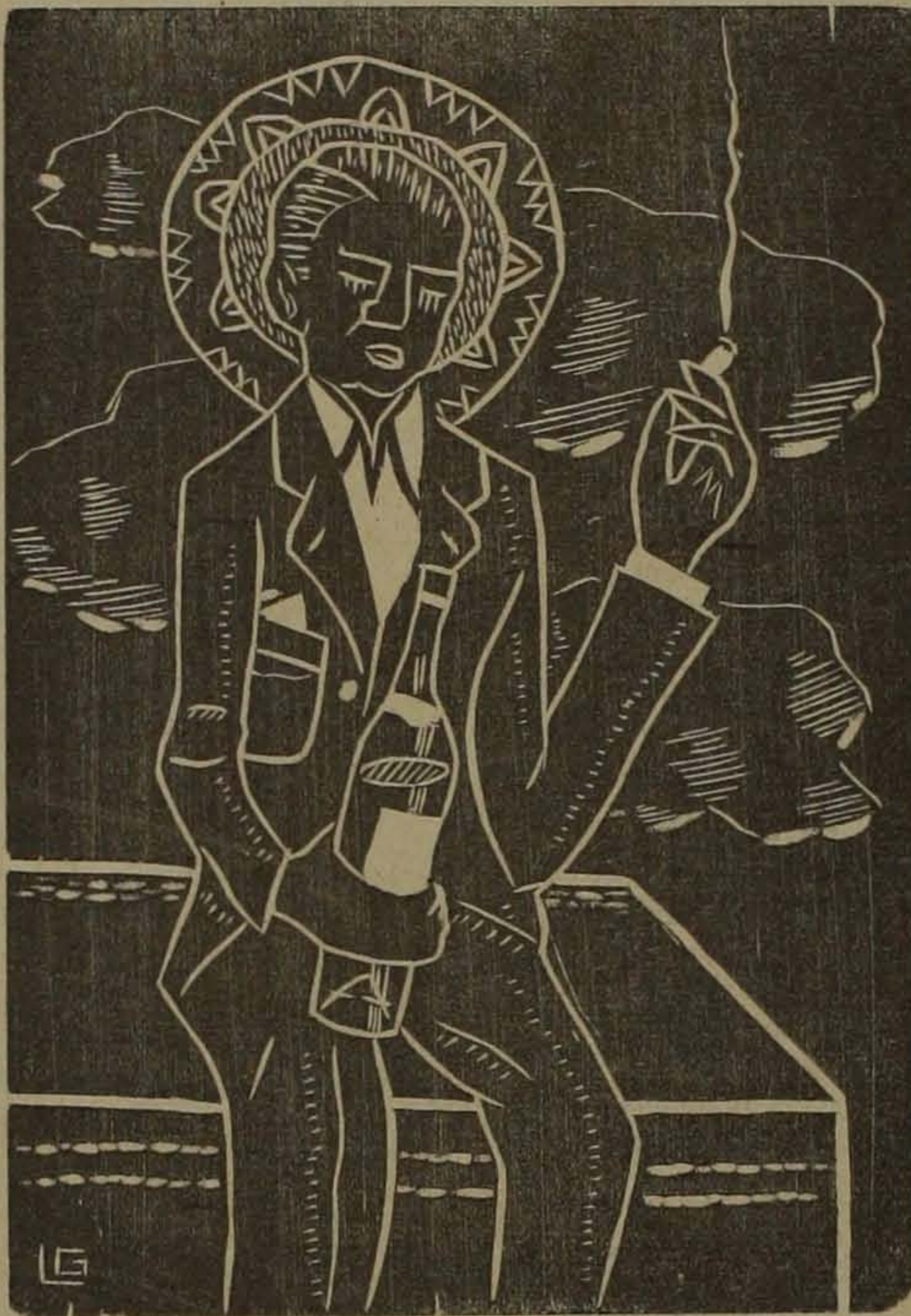
A los quince años, Pablo Tejada fué enviado a Salamanca. Cursó medicina. No se enzarzaba en las grescas estudiantiles. La mejor protesta para él cuando llegaba el caso, era dejar los claustros y encerrarse en una biblioteca. Le seducía instintivamente el estudio; pero al mismo tiempo se rebelaba contra las normas de la vida universitaria. Su timidez le hacía reconcentrarse en sí mismo. La pasión por la poesía le llevaba a percibir matices de las cosas que los demás no advertían. Dentro de sí mismo se sentía diferente de los demás. Al terminar Pablo los estudios de medicina, se estableció en Madrid. Sus padres habían muerto. En 1660 casó con Soledad Vergara. Su mujer era discreta, cuidadosa y limpia. La fama del doctor Tejada se fué extendiendo por la corte. No se confiaba Pablo irreflexivamente a los conocidos. No frecuentaba las tertulias.

A los ocho años de residir en Madrid, en su clientela figuraban muchas familias aristocráticas. En las visitas se mostraba atento y afectuoso. Examinaba larga y escrupulosamente al enfermo. Hacía que le explicara su dolencia. Le alentaba cariñosamente. A la ciencia que trata de curar o paliar el dolor juntaba Pablo la palabra cordial que conforta y anima. Dedicaba muchas horas a la lectura. Paseaba solo y se detenía a veces a interrogar a los desvalidos que encontraba-

La vida de un médico Leyenda blanca

Por AZORIN

= De Ahora. Madrid, 7. III. 36 —Envío de R. Tovar =



El perfecto soltero

Madera de Laporte

Mano a mano departía con artesanos, labriegos, trajinantes. Le gustaba conocer sus modos y recursos. Se hallaba mejor entre esta gente llana y popular que en las cámaras de los grandes. Fuera de los libros de ciencia, lo que le interesaba eran las imaginaciones de los poetas. Nada absorbía tanto su atención como las pinturas que los poetas han hechos de la edad de oro. En esa edad feliz no había tuyo ni mío. Los hombres convivían con iguales derechos. La violencia estaba desterrada del trato humano. No hacían falta las leyes. La tierra era de todos. Todos trabajaban con sus manos para todos. En su pensar íntimo sobre el tema llegaba Pablo a límites extremos. Las más arraigadas ideas corrían peligro de ser subvertidas. En tanto que la palabra y el continente se mostraban serenos, en lo interior de Pablo se suscitaban conflictos dra-

máticos. La prudencia, empero, vigilaba. En las conversaciones que se ofrecían en las casas aristocráticas que visitaba el doctor, o en la calle, o en los espectáculos públicos, Pablo se mantenía siempre en actitud de cortés reserva. Cualquier palabra imprudente pudiera, de una en otra frase, en el calor del debate, conducirle a declaraciones peligrosas. Pero en el seno de la familia, en las horas de íntima confianza, Soledad, su mujer, sin que Pablo expresara nada, sabía ver en sus ojos, en sus silencios, en sus omisiones, el verdadero ambiente espiritual en que Pablo vivía.

Del matrimonio nacieron Enriqueta y Victoria. En 1675 Enriqueta y Victoria eran dos bellas adolescentes, tan atentas y pulcras como su madre. Todo en la casa estaba limpio y en orden. El cuidado y gusto de las manos femeninas se advertía, en la pro-

fundación de las flores, en los finos paños con encajes que cubrían los muebles, en las gustosas conservas de las vidriadas orzas que se alineaban en los vasares. En 1677 la familia vivía en la calle, de los Boteros, esquina a la plaza Mayor. En la primavera de 1678, Roger Sidney, rico negociante inglés que moraba en la calle de la cruzada, adoleció de pulmonía. La enfermedad fué prolija. Sidney y Pablo intimaron. Durante la convalecencia, los dos amigos mantenían largas conversaciones. El inglés se expresaba con brusca cordialidad. De pronto, en el curso de la charla, Sidney interrogaba rudamente a Pablo. Deseaba conocer cuáles eran sus íntimas convicciones. La reserva habitual del doctor se sentía desarmada. En la efusión de un coloquio afectuoso, al hablar con un amigo leal, Pablo acababa por descubrir sus recónditos pensamientos. Se desquitaba gratamente con esta soltura de su habitual comprensión. Con un hombre inteligente y bueno, Pablo podía explayarse.

Un día llegó a la casa de Pablo el coche de Roger Sidney: un criado le traía al doctor una cajita de madera. En la tapa se leía "Cheese"; debajo, "Queso". Pablo abrió la caja, apartó un revoltijo de virutas y encontró un libro. Su título rezaba: "The commonwealth of Ocean"; su autor, James Harrington. Sidney explicó luego a Pablo que Harrington, republicano, fué uno de los que acompañaron a Carlos I camino del cadalso, en Whitehall, el 30 de enero de 1649. La lectura del libro causó honda impresión en Pablo. El siglo de oro ya no estaba detrás sino delante. Se podría realizar en lo futuro lo que se había ideado en lo pretérito. No habría obstáculos para la empresa, ni en el mundo físico ni en el moral. Las inflexibles leyes de la economía las había creado el hombre. Subsistían porque subsistía un régimen social determinado. Si algún pueblo intentara implantar el régimen de la pasada edad de oro, ilógico sería pedirle a ese pueblo que la transformación la operara en unos decenios. El tránsito de un estado a otro sería inevitablemente penoso y largo. Siglos habían tardado en consolidarse viejas instituciones. No sería exceso conceder siglos para que se afianzaran otras.

Las cárceles del Santo Oficio,

(Pasa a la pág. anterior)